

LA ARQUITECTURA COMO FIN DE UN PROCESO: UNA REVISIÓN DE LA NATURALEZA DE LOS TÚMULOS PREHISTÓRICOS SIN CÁMARAS CONVENCIONALES EN ASTURIAS

Architecture as the termination of a process: a review of the nature of the prehistoric barrows lacking conventional chambers in Asturias

Miguel Ángel DE BLAS CORTINA

Dpto. de Historia. Universidad de Oviedo. 33071 Oviedo. Correo-e: deblas@uniovi.es

Fecha de aceptación de la versión definitiva: 26-10-06

BIBLID [0514-7336(2006)59;233-255]

RESUMEN: Durante el último tercio del V milenio a. de J.C. fueron erigidos en Asturias los primeros túmulos. En realidad, aquellos montículos artificiales responden, básicamente, al recubrimiento monumental de lugares ceremoniales, sellando plataformas de arcilla, pavimentos de piedra, pozos, hogueras o los restos de estructuras de madera incendiadas, vestigios diversos del *locus dramatis* de una imprecisa ritualidad funeraria.

En su alta antigüedad y variedad formal, ausentes las cámaras mortuorias en sentido estricto, nos hablan estos túmulos heréticos tanto de su carácter autónomo en el contexto de las arquitecturas sepulcrales neolíticas, como de la inicial expresión de madurez de las sociedades agropecuarias radicadas en el N de la Península Ibérica.

Palabras clave: Neolítico. Lugares ceremoniales. Ritos funerarios. Túmulos. Asturias.

ABSTRACT: The first barrows were raised in Asturias during the last third of the 5th millennium B.C. Actually, these artificial mounds basically respond to the monumental covering of ceremonial sites, sealing clay platforms, stone paving, wells, bonfires or the remains of burned wooden structures; diverse vestiges of the *locus dramatis* of imprecise funerary rituals.

The great antiquity and formal variety of these sealed barrows, lacking in funeral chambers in the strictest sense, speak to us both of their autonomous character within the context of Neolithic burial architecture, as well as the initial expression of the maturity of the farming societies established in the North of the Iberian Peninsula.

Key words: Neolithic. Ceremonial sites. Funerary rituals. Barrows. Asturias (North Spain).

En el desempeño del cargo de director del extinto Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Asturias hubo de afrontar el profesor Jordá actividades muy diversas, dispersión que, si impelida con frecuencia por las obligaciones laborales, halló terreno abonado en su entusiasta curiosidad intelectual. Nada tiene pues de extraño el que acometiera en 1961, con dos de sus colaboradores ovetenses, la excavación de un par de túmulos prehistóricos en las altas llanadas de Campiello (Tineo), en la Asturias centro-occidental.

Desde luego, la tarea no era intrascendente; por entonces el de los túmulos era un fenómeno que en Asturias apenas estaba desvelado y sobre el que lo parcamente escrito lo estaba en términos de suma vaguedad, resaltado el carácter ambiguo de unos vestigios inexpresivos, cuando no francamente arruinados; a esa atonía documental se sumaba la rareza de los indicios relativos al esperado viático sepulcral.

En el análisis de los túmulos de Campiello se partía ya de la percepción de los mismos como un dispositivo arquitectónico, más allá de su tradicional menosprecio como el simple soterramiento de una tumba. Cuando, ya entrados en los setenta, se publicaban los resultados de aquella campaña salía también un documento fundamental, el catálogo de túmulos de J. M. González, repertorio

en el que por vez primera se establecían tanto la frecuencia de los túmulos como su regularidad en las complejidades de una región de ámbitos, del mar a la alta, contrastados en extremo (González, 1973).

De esa dispersión territorial, entendida como la impronta de un medio en trance de humanización con el arraigo paulatino de las sociedades paleocampesinas, y de la naturaleza específica de los túmulos, de la estructura a la función, y de ambas a su raigambre cultural, al fin histórica, vinimos encargándonos de forma continua durante cinco lustros. En ese largo tiempo se fue precisando como bastantes de esas arquitecturas inciertas, que se entendían como “postdolménicas”, no sólo provenían de fases culturales distintas, sino que en más de un caso se retrasaba su tiempo hasta las centurias postreras del V milenio a. de J.C., algo impensable hace un cuarto de siglo. En fin, un abismo temporal que Jordá y colaboradores no podían prever en 1961 cuando aún imperaban en Europa las cronologías cortas, derivadas de la secuencia histórica de Egipto y Mesopotamia; antes de que las fechas radiocarbónicas y su posterior calibrado dendrocronológico generaran la *chronological fault line* (Renfrew, 1970) que reconocía la definitiva independencia de los de túmulos y megalitos occidentales con respecto a cualquier supuesto foco primigenio oriental.

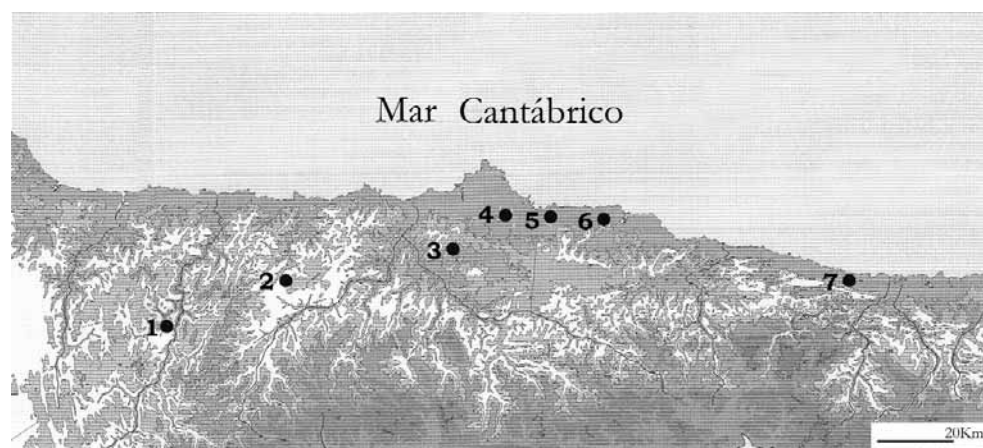


FIG. 1. Localización de los túmulos considerados: 1, La Xorenga (Grandas de Salime); 2, Campiello (Tineo); 3, Piedrafita (Las Regueras); 4, Monte Areo (Carreño); 5, Monte Deva (Gijón); 6, La Llaguna de Nievares (Villaviciosa) y 7, Sierra Plana de La Borbolla (Llanes).

En la síntesis que sigue, partiendo de la revisión sumaria de los yacimientos mejor documentados (Fig. 1), se opta por una formulación genérica que requiere algún detalle: entendemos por cámaras convencionales aquellas estructuras de paredes que pueden ser o no ortostáticas pero que, en todo caso, se ofrecen como un ámbito inconfundible, con capacidad suficiente para la recepción de cadáveres y nítidamente segregado del conjunto del cuerpo constructivo. Los túmulos que se van a considerar comparten la ausencia de una clara cavidad cameral; más allá de ese dato de coincidencia se producen tipos constructivos que responden a intenciones diversas en un acontecer de largo aliento temporal.

1. Los testimonios: túmulos con hoyos, maderas quemadas y cenizas

1.1. Túmulos 16 y 18 de Campiello (1961)

La excavación de estos dos túmulos (Jordá *et al.*, 1972-1973), apenas separados por una veintena de metros, puso una vez de manifiesto, con un detalle hasta entonces inexistente, la realidad de arquitecturas multiformes y alejadas del formato canónico, e imaginariamente mejor conocido, de los dólmenes.

La secuencia de *Campiello 16* se inicia con una capa de arcilla sobre el suelo original, barros de distinta textura y coloración acumulados hasta determinar un espesor de 0,15 m. Este dispositivo de base se localizaba en lo que después sería área central del túmulo.

Sobre el horizonte arcilloso aparecen en reparto desigual y poco compacto diversas plaquetas de piedra componiendo lo que se calificó, tal vez como apreciación excesiva, de enlosado. El elemento estructural más notable en este espacio es un pozo de unos 0,40 m de profundidad y una anchura semejante, ocluido por varias piedras. La excavación del contenido del hoyo, que alcanzaba el suelo natural de pizarra, no aportó elemento perceptible alguno: ni objetos, cenizas o restos de hueso.

En el mismo plano de arcillas y plaquetas donde se instala el enigmático orificio se localizaba, al oeste del mismo, una “fina y densa capa de carbones vegetales” en contacto con otra agrupación de piedras de tamaño mayor

(alguna de hasta 0,40 m de largo según nuestras mediciones sobre los dibujos publicados) que las que cerraban el agujero.

Al este de la oquedad de referencia destacaba una capa de arcilla de “vivo color rojo”, de desarrollo circular y unos 0,90 m de diámetro. Sobre la misma, ausentes las cenizas, se hallaban dos hojas de piedra pulimentada y, ya fuera de la mancha bermeja, una lámina de sílex (Fig. 2). Un último paquete de carbones se entremezclaba con la arcilla de base, por debajo del plano de las plaquetas. En esta zona, creemos entender, se abriría un segundo pozo, al que los autores

aluden, aunque no aparezca anotado en la información planimétrica. De las dimensiones del monumento se concluye que las estructuras señaladas componían el sector central del mismo.

Por su parte, el montículo tumular no ofrecía rasgos particulares más allá de la acumulación de sedimentos varios, básicamente arcillas y tierras cenicientas hasta una altura máxima conservada de 1,70 m.

Campiello 18 era igualmente otra suma de sedimentos arenosos y arcillosos entremezclados con tierras negras y zonas de coloración de naranja a bermellón, cromatismo debido en parte, tal vez, a la estructura de los suelos generados en medio ácido. Pero la novedad fue aquí la aparición de grandes piezas de madera carbonizada que según los excavadores “parecían guardar una cierta alineación radical (sic)” hacia el centro del túmulo.

De acuerdo con la documentación gráfica de Jordá y colaboradores, lo que entendemos como verdaderos troncos aparecían en algún caso insertos en la envoltura terrosa con una inclinación de 45°, mientras que otros yacían en posición apaisada (Fig. 3). Sobre la misma fuente gráfica medimos alguno de 1 metro de longitud; al sur del hoyo de saqueo otro alcanzaría los 2 metros. Sin embargo, no nos es posible reconocer estructura alguna, siendo evidente que en la génesis del monumento jugó la madera un protagonismo que no cabría obviar.

También el relleno del túmulo 18 recubría un dispositivo de base: una capa de arcilla quemada en la que se intercalaba un cascajo de pizarra. El grosor de la capa era notable, alcanzando en algunas zonas de 0,50 a 0,70 m. Aunque resulte incierto, Jordá y colaboradores interpretan parte del guijo, en el tramo superior, del estrato como un empedrado.

Sobre esa estructura o, si se quiere, plataforma inferior del túmulo apareció una hoja pulimentada de azuela, hundida en la masa de barro. En ese mismo horizonte, que ocuparía buena parte de la superficie del montículo artificial, extrapolando las anotaciones del sector excavado, se abren dos hoyos, incluso en un caso (fig. 7c en Jordá *et al.*) parece que estuviera recubierto por la referida capa mixta de arcilla y pizarras.

Así pues, como en su inmediato túmulo 16, encerraba el 18, hacia el centro de su base circular, un par de pequeños pozos, separados por una distancia que no excedería

los 0,30 m. Uno de los agujeros alcanzaba los 0,40 m de profundidad y, conviene resaltarlo, a diferencia de lo que se nos señalaba en el túmulo 16, en éste contenían los hoyos un relleno de tierra suelta, pequeños trozos de pizarra y, he aquí el elemento llamativo, "carbones vegetales".

Un último rasgo a considerar sería la colocación de varios de los troncos, reposando sobre la plataforma descrita; en otras palabras, en el *tempo* constructivo del túmulo, fue utilizada la madera sobre un horizonte de referencia en el que el fuego gozó así mismo de protagonismo si aceptamos las arcillas quemadas como prueba suficiente. La presencia, además, de los troncos carbonizados en posiciones erguidas dentro del relleno del túmulo viene a reflejar el proceso de edificación en el que el cúmulo de sedimentos iría envolviendo lo que imaginamos habría sido un dispositivo de madera, de morfología ignota, instalado en el zócalo de arcillas y guijo; una estructura lúnea probablemente destruida por un incendio provocado.

El intento, por nuestra parte, de datar hace años algunos fragmentos de la madera carbonizada que se conservan en el Museo Arqueológico de Asturias resultó fallido. Enviadas las muestras al Dr. Fernán Alonso, del Laboratorio de Geocronología del CSIC, no fue detectada la presencia de la fracción orgánica que permitiera las pertinentes mediciones radiocarbónicas.

1.2. Piedrafita V (1980)

Bien dibujado sobre el plano que lo acoge, este túmulo subcircular de 19 por 16/17 metros en sus diámetros E-O y N-S respectivamente, no responde a un modelo estructural demasiado expresivo (De Blas Cortina, 1985). Compone, en esencia, un montículo de sedimentos incluyendo una gruesa capa de tierra cenicienta y, en su base, un círculo de piedras, en posición concéntrica. En el centro, ineludiblemente, mostraba un amplio hoyo de saqueo, allí donde cabría esperar la estructura umbilical del monumento.

Las diferentes observaciones estratigráficas mostraron una cierta desigualdad en la repartición de los elementos constitutivos del túmulo, básicamente en el hecho de que la masa cenicienta, de hasta 0,60 m de potencia controlada en el tramo meridional, desaparecía en el opuesto. En todo caso, esa singular acumulación de sedimento carbonoso reposaba sobre el suelo antiguo identificado por un horizonte A₂ de

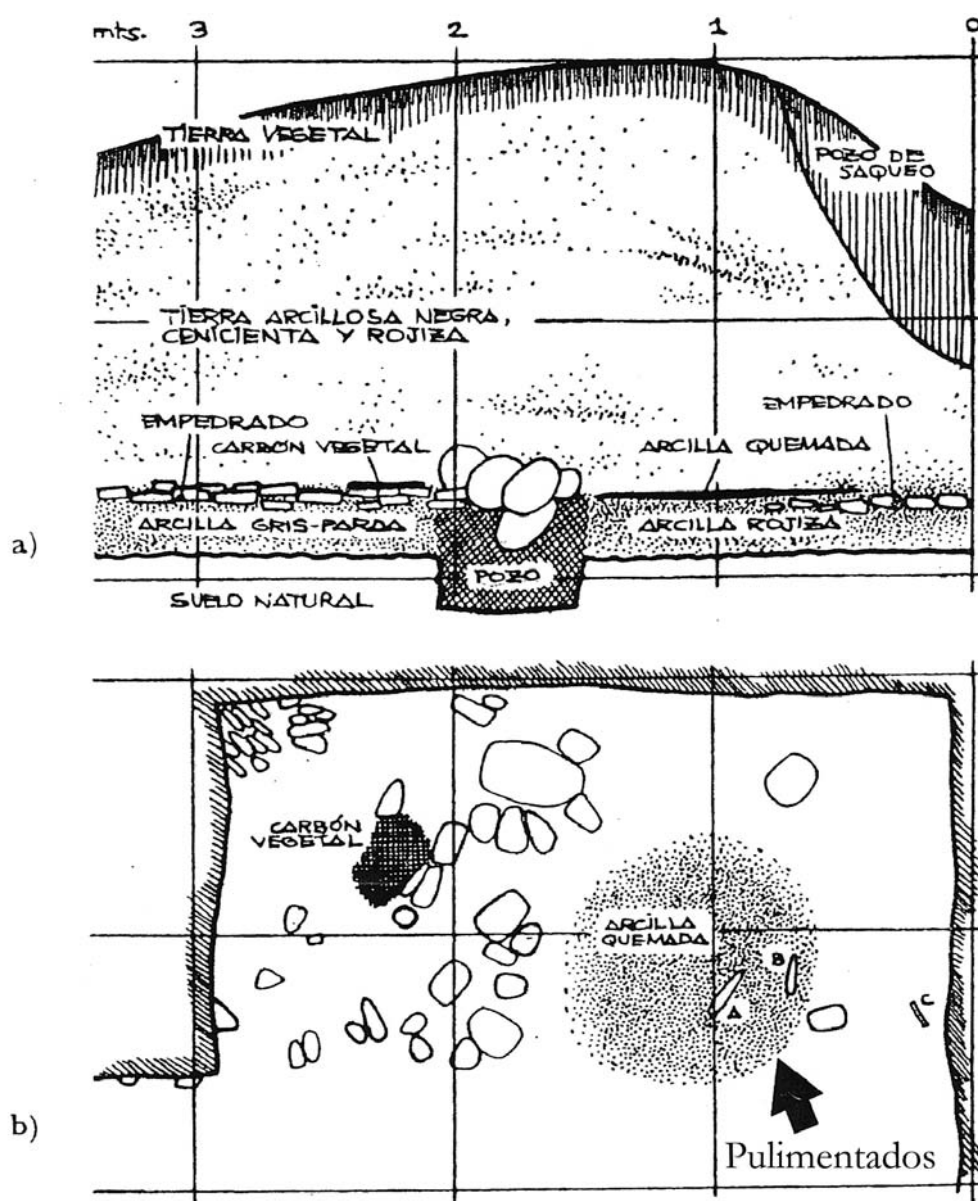


FIG. 2. Campiello 16. Sector central en sección vertical (a) y planta (b), según Jordá et al., 1972-73.

textura arenosa en el que también se intercalan algunos cantos de arenisca, en ocasiones rodados. No fue detectado un perceptible horizonte húmico que señalara la cobertera vegetal contemporánea de la erección de la estructura.

Por encima de la capa cenicienta, se disponía otra de sedimento arenoso, una más de sedimento amarillomarrón, semejante al del *solum*, y coronaba el montículo la capa superficial, húmica.

En cuanto al anillo lítico (Fig. 4), compuesto de bloques de cuarcita, tendría originalmente un diámetro de 4 m, y una dudosa función arquitectónica. Poca utilidad ofrecería, en efecto, con los bloques sobre el suelo, de tamaño mediano (0,40 m en el lado mayor los bloques más grandes pero, también, menos numerosos), sin que podamos reconocerles una misión particular como soporte de las tensiones radiales ejercido por el centro de la masa tubular. Es aún más evidente al respecto, el hecho de que algunos de esos bloques aparezcan a mayor altura que los demás incluso mezclados con la tierra carbonosa.

Esta última observación es de peso: la creación del anillo es, en parte, simultánea de la propia erección del relleno de la arquitectura, por lo que resulta un dispositivo más adecuado para delimitar, con la intención que fuere,

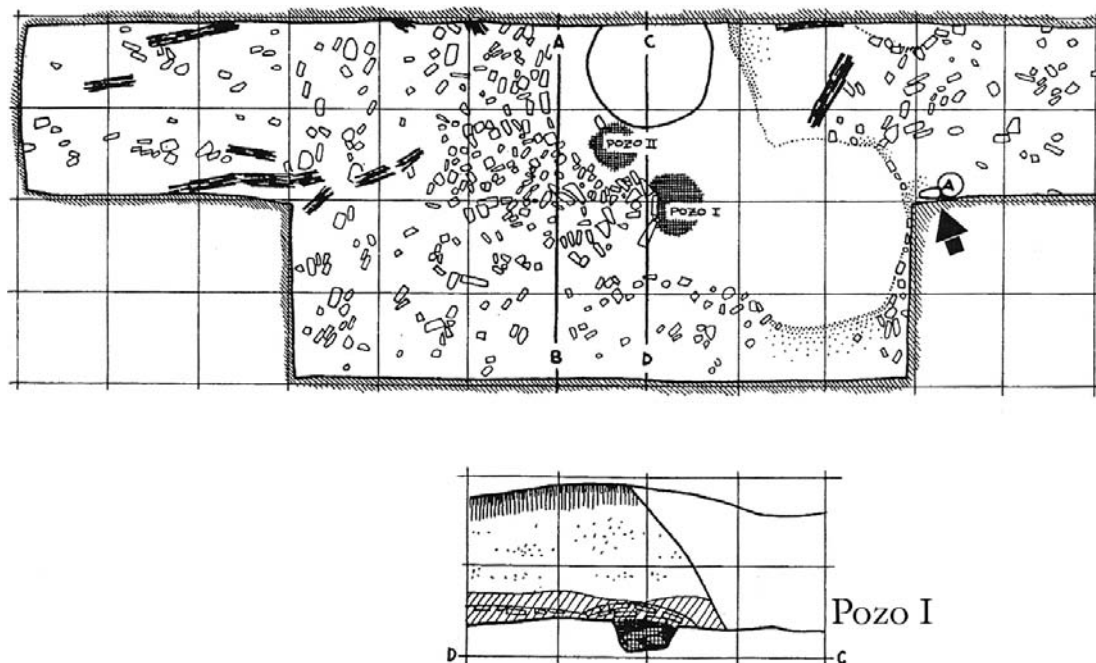


FIG. 3. Campiello 18, sector central en planta y sección D-C con el Pozo I, según Jordá et al., 1972-73 (con indicación ahora añadida del lugar de hallazgo del hacha pulimentada).

pero nunca de valor constructivo; un “ámbito circular” en el interior del montículo.

El hoyo de saqueo es considerable y el entusiasmo de los violadores lo llevó al *solum*, penetrando en el mismo hasta la profundidad de un metro. Siendo justos, más que de entusiasmo deberíamos hablar de frustración: evidentemente, los buscadores de tesoros no hallaron nada inteligible en el centro del monumento (como, por ejemplo, una camarita pétrea) que les permitiera reconocer que habían alcanzado lo más recóndito del mismo. Si diéramos por válido este argumento, Piedrafita V habría pues carecido de un recinto interno de entidad, bien diferenciada en el conjunto del túmulo. En el fondo del hoyo de saqueo aparecieron, bien es verdad, algunas piedras, pero su procedencia se hallaría en el círculo comentado; es más, podríamos establecer su caída al fondo del agujero desde el mismo, también afectado durante el saqueo. Esta ausencia de cámara también se produce, como veremos, en otros dos túmulos investigados en el mismo conjunto de Piedrafita.

Piedrafita V aportó algunos instrumentos pétreos, dos calificables de elementos del supuesto ajuar fúnebre; los otros dos, tal vez restos instrumentales olvidados en la masa del túmulo; pero no es ésta una opinión concluyente dada la probable arbitrariedad de distinguir hoy qué pueden ser y qué no los componentes de ofrendas realizadas por gentes de hace miles de años.

Los dos primeros aludidos son sendas hojas de piedra pulimentada, de tamaño mediano (93 cm y 104 cm de largo). Ambas (Fig. 13, 3 y 4) elaboradas en una arenisca de grano fino o en una roca detrítica semejante con una neta presencia de feldespato. Hay en ambas huellas evidentes de su uso instrumental (desde fracturas de golpeo en el talón en la 3, a estrías oblicuas en el filo de la 4, etc.) por lo que ambas tuvieron utilidad en la vida ordinaria antes de alcanzar su valor de objetos simbólicos y amortizados en el rito funerario.

En cuanto al lugar de su hallazgo, la primera se encontraba en la zona de contacto de las capas 1 y 3, probablemente allí ubicada por las remociones; la segunda se hallaba

en contacto con el *solum*, por tanto, en la base del túmulo. Los elementos restantes son un probable percutor-pulidor, con huellas de golpeo en ambos polos, en canto rodado, alargado, de arenisca (Fig. 13, 2), y un percutor con fracturas de golpeo. El primero se hallaba en la base de la capa cenicienta, en contacto con el *solum*, mientras que el otro aparecía prácticamente en la superficie del túmulo. Precisando los rasgos del registro, hachas y percutor-pulidor parecen claramente asociados al túmulo y a su finalidad, mientras

que el percutor restante parece un elemento de fortuna, ajeno al túmulo, aunque tampoco cabría negarle algún papel en las tareas de construcción del mismo.

En lo conservado, la originalidad de Piedrafita V radica en la potente capa cenicienta derivada de la combustión de una, así mismo, considerable masa de vegetal. Pensando en la normal quema *in situ*, no disponemos de argumentos definitivos que expliquen si tuvo lugar al aire libre o si, ya recubierta por sedimentos, la combustión hubiera tenido lugar en un ambiente cerrado. El enrojamiento que se observaba en el horizonte A₂, en el suelo subyacente al túmulo, si se deriva, como parece razonable, de la acción del fuego, hubo de ser vivo y bien oxigenado, por tanto al aire libre. La opción contraria debiera de haber propiciado, de modo diferente, la carbonización de la madera al modo de las tradicionales carboneras de leña, hoy desaparecidas (Caro Baroja, 1974: 148 y ss.). Nuestra opción, en definitiva, es la de la combustión en atmósfera libre y la posterior colocación, al menos en parte, del círculo de piedras, para, por último, quedar todo ello sellado por los sedimentos que culminan el túmulo. Un caso más, en definitiva, de monumentos de un uso único o limitado en los que el montículo artificial cierra y oculta el previo espacio donde se sustanciaron, fueren las que fueren las operaciones que le daban sentido.

En su momento, y con las limitaciones por entonces para la datación de sedimentos carbonosos, se realizaron dos mediciones radiocarbónicas de sendas muestras procedentes del sector E del túmulo (cuadrícula 13B), una de ellas en *Laboratoire du Centre de Datations et d'Analyses Isotopiques* de Lyon, otra en el *Laboratorio de Datación por C-14* de la Universidad de Granada. Los resultados BP de ambas fueron ahora calibrados por F. Rubinos del Laboratorio de Geocronología del CSIC; la discordancia entre las fechas es abismal:

- Ly-2939: 3160 ± 130 BP: 1738-1707 calBC (1,4%), 1696-1055 calBC (94,0%).
- UGRA- 191: 2160 ± 110 BP: 407 calBC - 71 calAD (95,4%).

La disparidad de la primera con la segunda es la que hace que, por encima del 94% de probabilidad, una fecha nos oriente hacia lo que sería un Bronce Pleno-Bronce Final; la otra al siglo I de la Era.

No tenemos la menor duda de que la técnica AMS nos hubiera aportado mediciones más aquilatadas y, acaso, sin la incongruencia con que nos encontramos. Pese a la confusión que las dos fechas introducen, no parece demasiado verosímil la de UGRA (en Piedrafita hay más túmulos de estructuras parecidas al V, como veremos) que nos llevaría a aceptar la erección de túmulos en época romana conteniendo hachas pulimentadas.

Artículos pétreos tan específicos nos reubican en tiempos prehistóricos, ¿por qué no en la Edad del Bronce? La realidad de los mismos como elementos propios de esa época y no residuos de etapas anteriores fue observada en bastantes ocasiones, incluso con la necesaria verificación estratigráfica (Harrison, Moreno y Legge, 1994: 181-182). En nuestro caso las hachas bien pudieran ser tanto ofrendas de bienes de plena vigencia como reliquias ancestrales. Si, por el contrario, rechazamos por inútiles las fechas C14, nada nos impediría concluir que Piedrafita V fuera otra más de la cada vez menos atípicas arquitecturas en túmulo de genérica procedencia neolítica.

1.3. La Cruz del Muerto (1986)

En este enclave de topónimo singular, ¿alusivo a la presencia en tiempos pasados de la cruz cristianizadora de un lugar de memoria pagana (González, 1954)?, se levanta un túmulo de acusada volumetría merced a un diámetro de 25 m y una altura que con respecto a su perímetro más bajo llega a los 2,30-2,40 m (De Blas Cortina, 1990). En la abultada corporeidad del monumento influye su edificación oportunista sobre un abombamiento natural del terreno.

La composición del túmulo pudo ser reconocida a través del largo frente abierto por la excavación de varias cuadrículas alineadas sobre el diámetro NE-SW y otro par sobre el diámetro perpendicular al señalado, de modo que el ámbito de lo sometido a la disección arqueológica ofrecía una superficie de 57 m², y un registro vertical de 20 m de extensión.

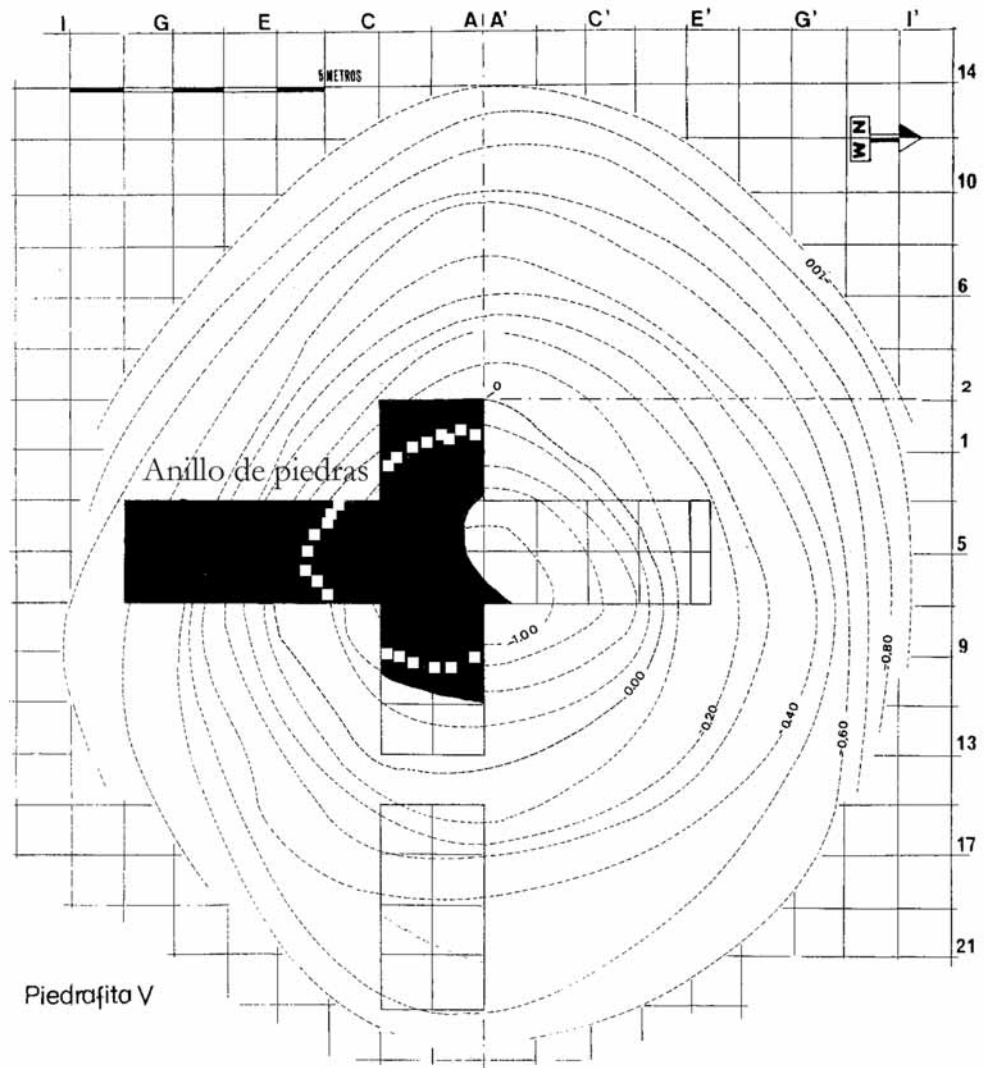


FIG. 4. Piedrafita V: en negro la amplitud de la potente capa cenicienta, mientras que los cuadros en blanco señalan el desarrollo del círculo de piedras.

En el área central el habitual pozo de saqueo medía en su abertura los cinco metros de diámetro, pero sin alcanzar en profundidad el *solum* original. Este detalle, el que el fin del saqueo se produjera en pleno relleno tumular no carece de trascendencia: es poco probable que hubiera contenido una cámara dolménica o cualquier otra estructura ortostática desarrollada; no hay ni bloques de piedra, ni elementos residuales de los mismos; tampoco pozos de cimentación o negativos del acomodo de las lastras.

De suelo a techo, no pudo ser observada más que la masa constitutiva del túmulo, en capas de distinta matriz, incluyendo paquetes de costras podsólicas, fruto del arranque de materiales superficiales del entorno más o menos inmediato. El cúmulo terroso recubría una llamativa capa empedrada, extendida ampliamente por su base, sin llegar a ocuparla en su totalidad (Fig. 5). El carácter antrópico de la estructura de base era indudable, bien diferenciada del *solum* que fosilizaba y del cual aún se preservaba un horizonte húmico debido a la primitiva cobertera vegetal. Tal pavimento se constituye en una gruesa película de bloques angulosos, sumamente trabados, de la cuarcita masiva ordovícica que caracteriza litoestratigráficamente la sierra donde el túmulo se eleva. Su extensión era amplia, si

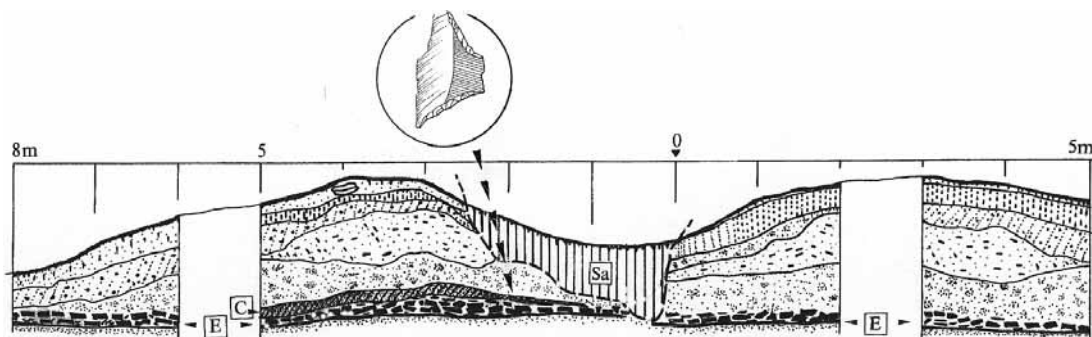


FIG. 5. Sección diámetro de La Cruz del Muerto: E, solado de piedra; C, capa de cenizas y Sa, área de saqueo, e indicación de la procedencia del microlito.

bien no llegaba a ocupar toda la base del montículo. En lo que sería zona central se disponía sobre el empedrado una capa cenicienta de unos 0,20 m de potencia

Falto de estructuras de algún valor diagnóstico en términos culturales, un sencillo trapecio establece al respecto, igualmente, una parca orientación (Fig. 5). Salvo algunos bloques de cuarcita sueltos, nada venía a sugerir estructura alguna más allá de lo señalado.

1.4. Monte Areo V (1995)

Ajustado a la volumetría habitual de los túmulos en la región (diámetros de 19,00-20,00 m y alturas conservadas de 1,00-1,60 m), Monte Areo V ofrece otro ejemplo de arquitectura difícilmente desentrañable (De Blas Cortina, 1999a y 1999b). En esencia es otro montículo térreo cuyo núcleo se conforma en una masa de sedimentos silíceos de 1,40 m de potencia en el sector central de la arquitectura, descansando sobre un ligero horizonte orgánico del *solum* arenoso, fruto de la alteración de la cuarcita del sustrato.

Sobre el borde correspondiente a los rumbos SSO-S-E, recubre a ese primer núcleo una capa de piedras dispuestas en pendiente (Fig. 6). Este pseudomuro aparece en solitario, sin contrapartida en la zona opuesta del túmulo; en su desarrollo asciende desde la base del monumento hasta la cumbre actual del mismo. En el lado externo de esta estructura y en su base se localizan los restos de una potente hoguera de desarrollo subcircular de 1,60 por 1,30 m, constituyendo una masa carbonosa y cenicienta muy compacta y de un grosor de 0,30 a 0,55 m. Dentro de los vestigios de combustión se descubrían algunos nódulos de ocre rojo. En el borde del paquete ceniciento y en contacto con el arranque de lo que venimos denominando, con evidente libertad, estructura pseudomural, se localiza un hoyo circular, de paredes firmes cuyo origen parece deberse a la ubicación de un poste desaparecido por la acción del fuego señalado; una sugerencia del desmantelamiento por ignición de algún dispositivo cuya intención se nos escapa.

Todo lo anterior quedó sepultado por nuevos sedimentos arenosos de una gran regularidad en su matriz, conformando la definitiva morfología del túmulo.

Las excavaciones permitieron concluir de forma inequívoca la ausencia original de cualquier clase de estructura interna sólida, más allá de lo descrito. La plena conservación del relleno monticular, y la propia calidad del suelo silíceo para preservar huellas diversas de materiales

removidos o desplazados, lo confirman.

Sólo ayudan a iluminar la naturaleza del monumento la secuencia de la acumulación de los sedimentos arenosos, bolsadas con ligeros cambios de tonalidad, a menudo resedimentados adquiriendo una compactación notable. Ese proceso de cementación se vio favorecido

por la frecuente homogeneidad en la textura de las arenas y únicamente ciertos cambios de coloración permiten distinguir unas bolsadas de otras.

Otro hecho reseñable es el reparto de una industria lítica compuesta por láminas de sílex, raspadores, un gran buril, alguna vaga punta sobre lámina (Fig. 13: 5 a 9), dos truncaduras, un percutor en un guijarro alargado y una azuelita pulimentada, hallazgos que se distribuyen en pequeños agrupamientos (por ejemplo, la azuelita, dos láminas y dos truncaduras aparecidas en las inmediaciones de la hoguera). Esas asociaciones se producen además en las zonas profundas y centrales del túmulo; por tanto, su localización no parece aleatoria, sino más bien debida a un cierto orden sobre el que apenas se puede conjeturar. Con toda la cautela y a título de mero intento de interpretar algo inextricable, se nos ocurre considerar la relación de esas asociaciones con una verosímil, aunque incierta, deposición de algún cadáver o resto humano, recubierto sin más por las arenas silíceas de alta acidez. El primer montículo señalado y el pseudoparamento responderían en esta lectura a la clausura del espacio estrictamente fúnebre; la hoguera y el posterior recrecido del montículo artificial constituirían los episodios postreros en un lugar finalmente conmemorado por la imposición tangible del túmulo.

La procedencia de tres muestras, carbones de madera procedentes de la capa rubefactada y encostrada de la hoguera, aporta fiabilidad a las fechas radiocarbónicas:

- GrN - 22026, 5470 ± 90 BP; 4516-4007 calBC. (95,4% de prob.)
- GrN - 22027, 5330 ± 50 BP; 4342-3974 calBC (95,4% de prob.)
- UtC - 9320, 5239 ± 43 BP; 4216-3977 calBC (95,4% de prob.)

1.5. La Xorenga (1996)

El túmulo de Canadeiro I (Sánchez Hidalgo, 2000), en una alta penillanura del suroeste de Asturias conocido como La Xorenga, fue elevado sobre una plataforma nivelada de tierra que con una superficie de 113 m² y con 0,15 m de potencia media parecía dispuesta en torno a un "hito" central constituido por varios bloques de cuarcita y una laja de pizarra, anclada esta última en la roca madre. Este primer episodio, calificado de ceremonial, conoció actos determinantes de la tenue película de sedimento suprapuesta, de unos 3 cm de espesor, en la que abundaban los carbones (Fig. 7).

En este horizonte de base se abrían dos hoyos de 0,40 y 0,46 m de diámetro y profundidades de 0,60 y 0,95 m, respectivamente, formando ángulo recto con el conjunto pétreo ya señalado. Los agujeros estaban colmatados de tierra grisácea y pequeños carbones.

Sobre esas estructuras de base fue depositada la potente masa de sedimentos determinante, en buena parte, del volumen del túmulo, expuesta su superficie a los meteoros el tiempo suficiente como para generar un tapiz vegetal cuya naturaleza húmica es hoy reconocible. Posteriormente el monumento aparece como recrecido por una nueva capa de sedimentos y el perímetro se perfila, discontinuamente, por la colocación de algunos bloques de piedra.

Después, tal vez en un momento del Bronce Antiguo, como propondremos, se abrió en el montículo artificial un gran hoyo que con una profundidad de 1,30 m alcanzó la plataforma. Vuelto a rellenar con tierra, ocupaban su fondo varios bloques de cuarcita y varias lascas de pizarra.

Aparte de los constituyentes estructurales indicados, apenas se pueden señalar más que unos fragmentos de cerámica asociados a la plataforma. De tales se concluye la identificación morfológica de un recipiente de borde recto, pared ligeramente convexa y base plana. La modesta muestra alfarera se ubicaría "preferentemente en el entorno de uno de los hoyos documentados y sellado por las sucesivas capas de sedimento", lo que vendría a asegurar su anclaje en el momento de erección del túmulo.

Las dos fechas radiocronológicas sobre carbones procedentes de la plataforma,

- CSIC - 1381, 5080 ± 30 BP; 3956-3893/3888-3797 calBC (95,4% de prob.)
- CSIC - 1382, 5059 ± 30 BP; 3948-3789 calBC (95,4%)

son plenamente coincidentes, por lo que esa estructura basal se remonta al primer tercio del milenio IV a. de J.C.; sin embargo, tal orientación cronológica parece poco compatible con la época en que, por sus rasgos tipológicos, cabría asignarle al vaso de forma reconocible.

En efecto, el acervo alfarero del neolítico del NO no se caracteriza precisamente por los recipientes de fondo

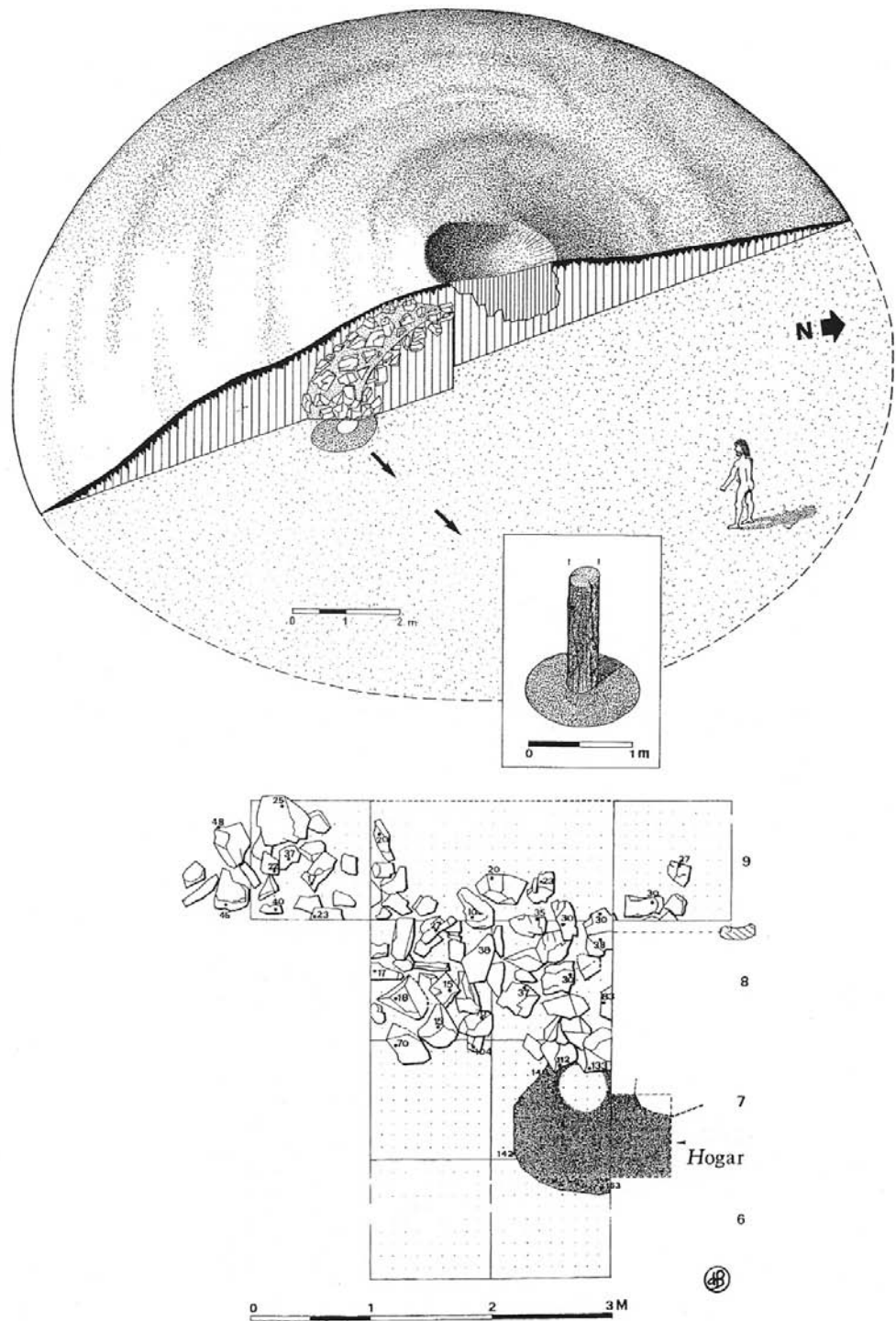


FIG. 6. Monte Aro V y proyección horizontal del pseudoparamento y de la gran hoguera en su base, al exterior.

plano sino por los convexos, rasgos formales que en versiones carentes de ornato se repiten, aunque de forma poco copiosa, en los megalitos convencionales de la región (Fuente, 1988; Fábregas Valcarce y Suárez Otero, 1991). El cubilete de Canadeiro I goza, por el contrario, de parentesco más estrecho en ejemplares igualmente lisos en contextos de inicios del Bronce Antiguo. Las pruebas arqueológicas de esa correspondencia cultural van ya menudeando en Galicia y norte de Portugal. De modo expresivo, por la neta vinculación entre tumba y vaso, se manifiesta el testimonio de la cista lucense de O Cubillón (Ramil Soneira y Vázquez Varela, 1979), dentro de la que todavía se conservaban algunos restos esqueléticos probatorios de su fin sepulcral, dotado el recipiente de rasgos tipológicos muy cercanos a los visibles en el del túmulo asturiano. Eran recipientes de esa clase los que yacían en las cistas coruñesas de Agro de Nogueira

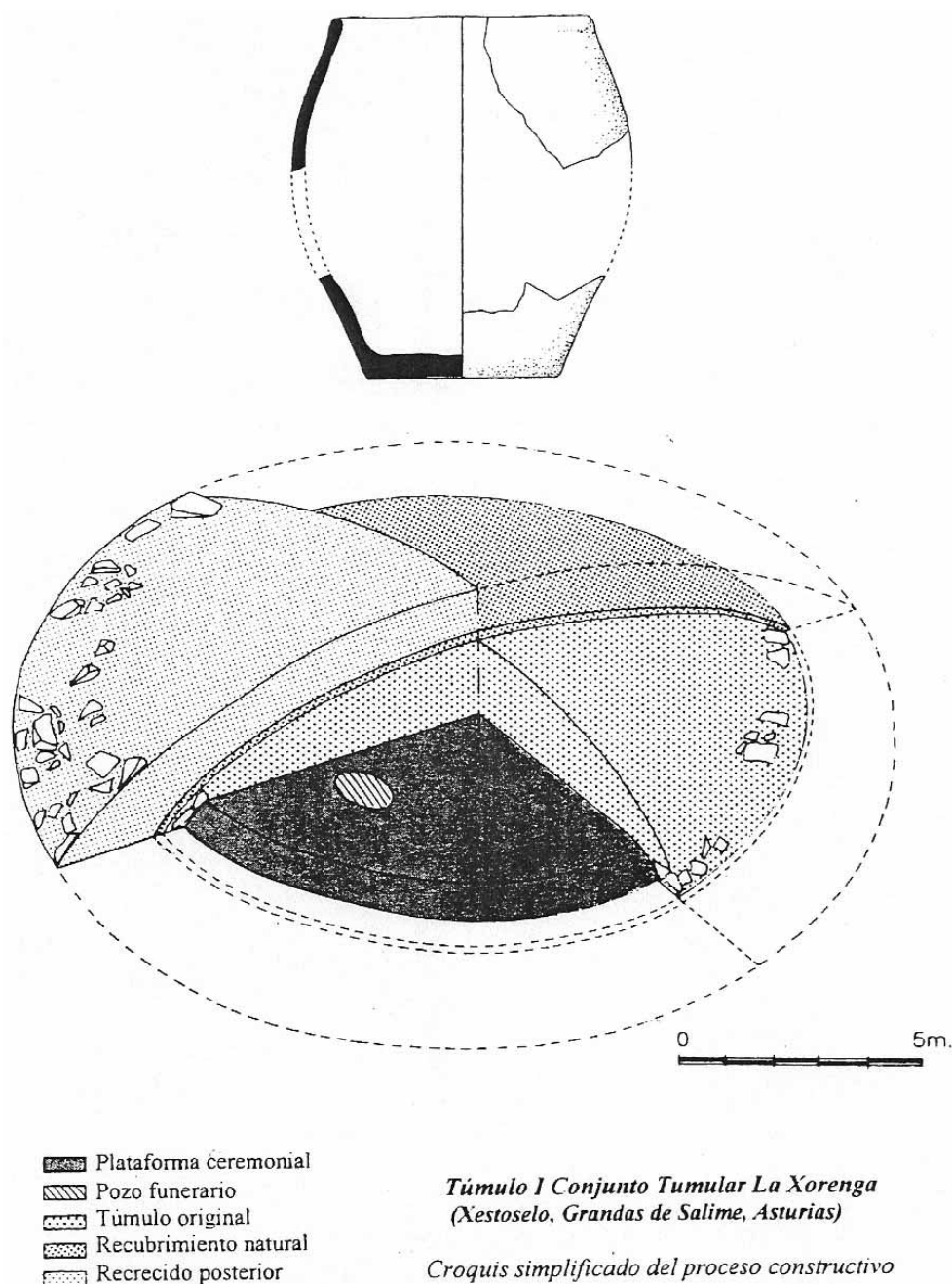


FIG. 7. La Xorenga. Recreación tridimensional de su estructura y vaso cerámico. (Según Sánchez Hidalgo, 2000).

(Meijide Casemelle, 1996) y de Taraio, en esta última con la compañía de un puñal de espigo que garantiza, como en otros sepulcros gallegos de la misma estructura, su pertenencia a sociedades usuarias de artículos de cobre.

¿Cómo explicar pues la discordancia entre las indicaciones radiocarbónicas y el carácter muy posterior, de tal vez una quincena, o más, de siglos del vaso de Canadeiro? Las excavaciones de los últimos años vienen documentando la asiduidad con la que se detectan recipientes de tipos próximos a los que consideramos en el cuerpo constructivo de megalitos clásicos. Pero, en aquéllos, resultan fenómenos intrusivos, muy posteriores al tiempo de erección y plena vigencia de los dólmenes y alterando su arquitectura original; casos como el norportugués de Madorras, en VilaReal (Gonçalves y Cruz, 1992: 202-205) denuncian esta actividad tardía en los sepulcros neolíticos amortizados, como lo es también el del megalito coruñés de Parxubeira con otro vaso parecido (Rodríguez Casal, 1988: 56-57). No es por tanto inverosímil que la solución de la

incongruencia de Carnaceiro I deba considerar también la acción intrusiva, acaso la misma que dejó como firme prueba el gran hoyo después colmatado (¿simple violación del túmulo o apertura de una tumba posterior en el mismo?).

Volviendo al monumento, el previsto análisis de los carbones debería de explicitar si los pozos abiertos sobre el *solum* contenían restos de la cremación de algún cadáver o solamente carbones vegetales y, como sería de esperar, algún fragmento esquelético o cualquier indicio de la putrefacción ósea, ambas situaciones, variantes posibles del proceder funerario neolítico. En todo caso, según detallaremos, plataforma y pozos se integran en un mismo ciclo, después definitivamente sellado el conjunto con la erección del montículo.

Es también de sumo interés la observación de un tiempo de exposición del túmulo hasta el extremo de que sobre el mismo se desarrollara la cobertera vegetal identificada. El postrero recubrimiento con nuevos sedimentos de todo el cuerpo constructivo, recredido su volumen y anotado su perímetro con piedras, nos sitúa ante dos opciones posibles: el incremento del cuerpo monumental acentuando su visibilidad o, en sentido opuesto, una nueva negación, por ocultamiento, de lo enterrado. Esta última alternativa, en una contradicción, seguramente buscada, entre los fines y los resultados resulta, no obstante, ya bien identificada en bastantes megalitos atlánticos en los que la denominada "condena" o negación por un acto de ruptura con el rito que la tumba encarna suele implicar, paradójicamente, el realizado del volumen primigenio.

1.6. Monte Areo XII (1997)

Originalmente hubo de ser un túmulo de volumen apreciable, todavía en el momento de su excavación arrojaba unas dimensiones en planta de 21 y 24 m en sus respectivos diámetros N-S y E-O, por un altura máxima de 1,20 m (De Blas Cortina). Su cuerpo se componía exclusivamente de sedimentos limo-arenosos extraídos del suelo de la zona en que se asienta. La homogeneidad de este túmulo terroso sólo se veía alterada por la presencia genéricamente irregular, pero a veces con un cierto orden, de manchones negruzcos de origen orgánico y que respondían

a los tepes incorporados al túmulo, hecho que confirma el arranque de los depósitos sedimentarios superficiales con los respectivos fragmentos del tapiz vegetal.

También la podsolización que afectaba al tramo superior del cuerpo tumular aportaba la textura típica, cenicienta, derivada de la concentración de materia orgánica propia de este fenómeno edáfico. Pero la disección de la estructura, en principio inexpresiva, fue descubriendo una presencia creciente, a medida que se alcanzaban los sectores basales del montículo, de fragmentos relativamente gruesos de madera carbonizada cuyo origen era bien distinto del de los testimonios de naturaleza orgánica señalados. Anunciaban tales restos lo que finalmente se ofrecerían como verdaderos troncos, igualmente carbonizados y dispuestos en el horizonte de base, tumbados o en inclinación no muy acusada.

Todo apuntaba a la existencia original de un dispositivo lúgneo localizado hacia el centro del túmulo, impresión que se vino agrandando en la medida en que era saneada la sempiterna zanja de violación y exhumado el *solum* sobre el que se levantaba el conjunto. No sólo quedaban claramente visibles los troncos, sino también varios de los orificios abiertos en la roca madre —un horizonte arcilloso de alteración, muy plástico, recubierto de plaquetas y cantos angulosos de cuarcita—, en los que aquéllos habrían estado encajados a modo de pies (Fig. 8). De modo excepcional y como confirmación de tal supuesto, en uno de los hoyos aún permanecía una buena astilla de madera.

En ningún caso se detectaron materiales pétreos que conformaran recinto alguno o que enriquecieran estructuralmente los vestigios. La base del túmulo descansaba sobre el horizonte señalado que, en ningún caso, cabría reconocer como de autoría humana. Por el contrario, la ordenación de los hoyos, cuatro claros, más un quinto de mayor tamaño que los demás y con piedras encajadas, tal vez calzos de cimentación, aportaba una planta de suficiente lógica, rectangular, en la que no era difícil imaginar los postes fijados en los pocillos, constituyendo el armazón de troncos de una estructura verosímil. Reforzaban además esa reconstrucción el modo en el que yacía el mayor de los troncos, inmediato uno de sus extremos al hoyo nº 1. También era ilustrativa la morfología de los agujeros 2, 3 y 4, en cono invertido, profundo, firmemente conservada por la arcilla compacta y plástica del suelo. No era tampoco aventurado, en estos últimos, imaginar la instalación de troncos delgados que los

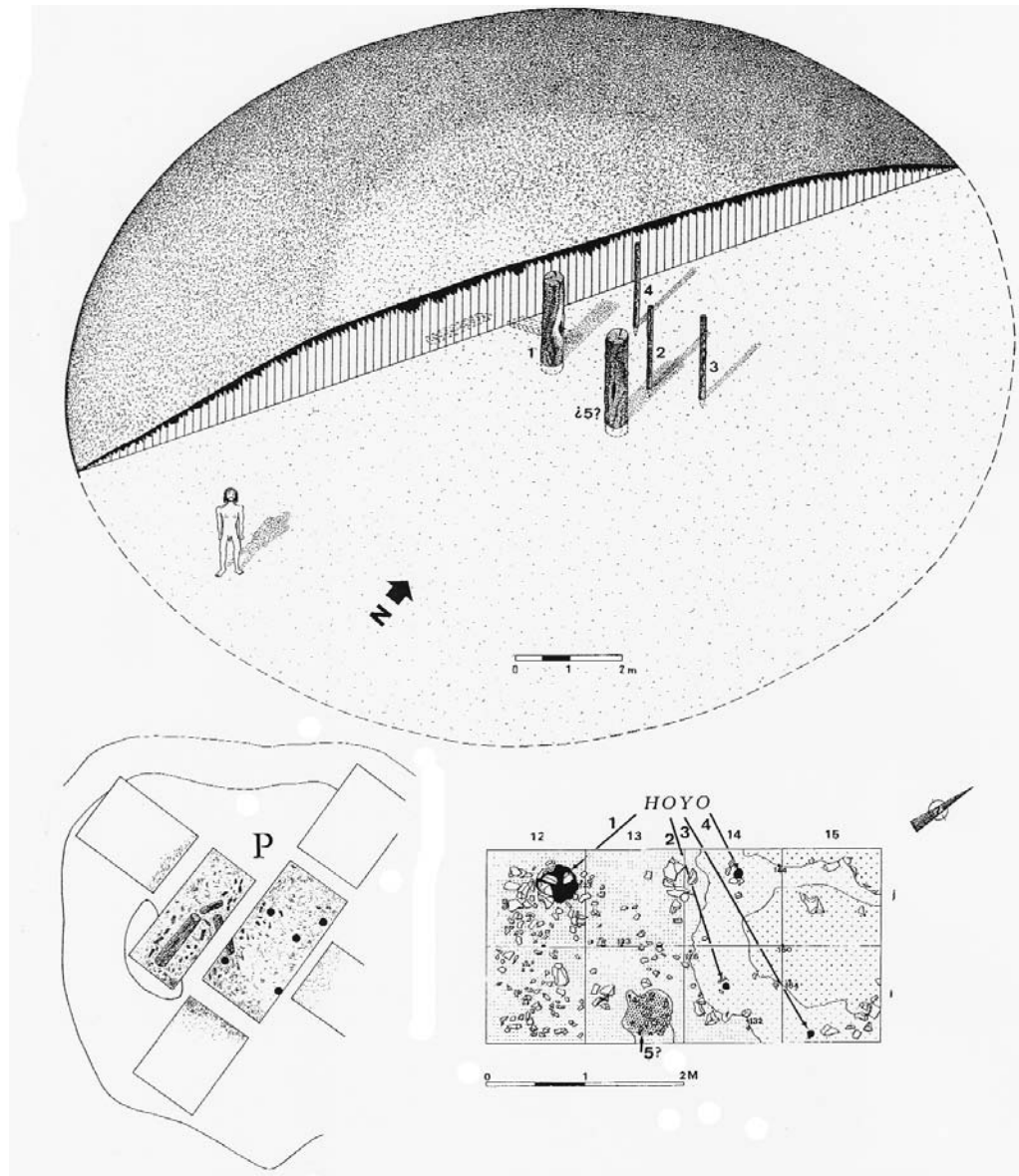


FIG. 8. Monte Areo XII y detalle en planta del sector con los hoyos de poste; en P, se anota, además, la localización de los troncos de roble.

correspondientes a los hoyos 1 y 5. Tal vez de uno de esos postes menos gruesos procedieran algunos de los fragmentos de madera hallados entre el sedimento revuelto yacente en el cráter debido al aludido expolio del sector central del monumento.

El estudio de la anatomía vegetal de las maderas recuperadas estableció la presencia única de roble (*Quercus* L., subgénero *Quercus* Oësterd y probablemente asignable al taxon *Quercus robur* L., o roble común) (Díaz, De Blas y Gutiérrez, 2002), hecho que acaso no deberíamos entender como intrascendente. Los pertinentes análisis arqueobotánicos del horizonte original del túmulo y, particularmente, de un megalito próximo, Monte Areo VI (Gómez Orellana *et al.*, 2001), descubrían en la zona la presencia de otras especies maderables, figurando destacadamente *Corylus* (80% de los pólenes arbóreos, frente al 15-20% de *Quercus*); en menor proporción crecían también *Pinus sylvestris*, *Betula*, *Agnus* y *Salix*.

La elección en Monte Areo XII de los troncos de roble bien pudiera entonces deberse a su valor como material constructivo muy apropiado para la erección de lo que entendemos como un cobertizo o cabaña. Esta estructura aérea, de finalidad inconcreta aunque la idea de la casa

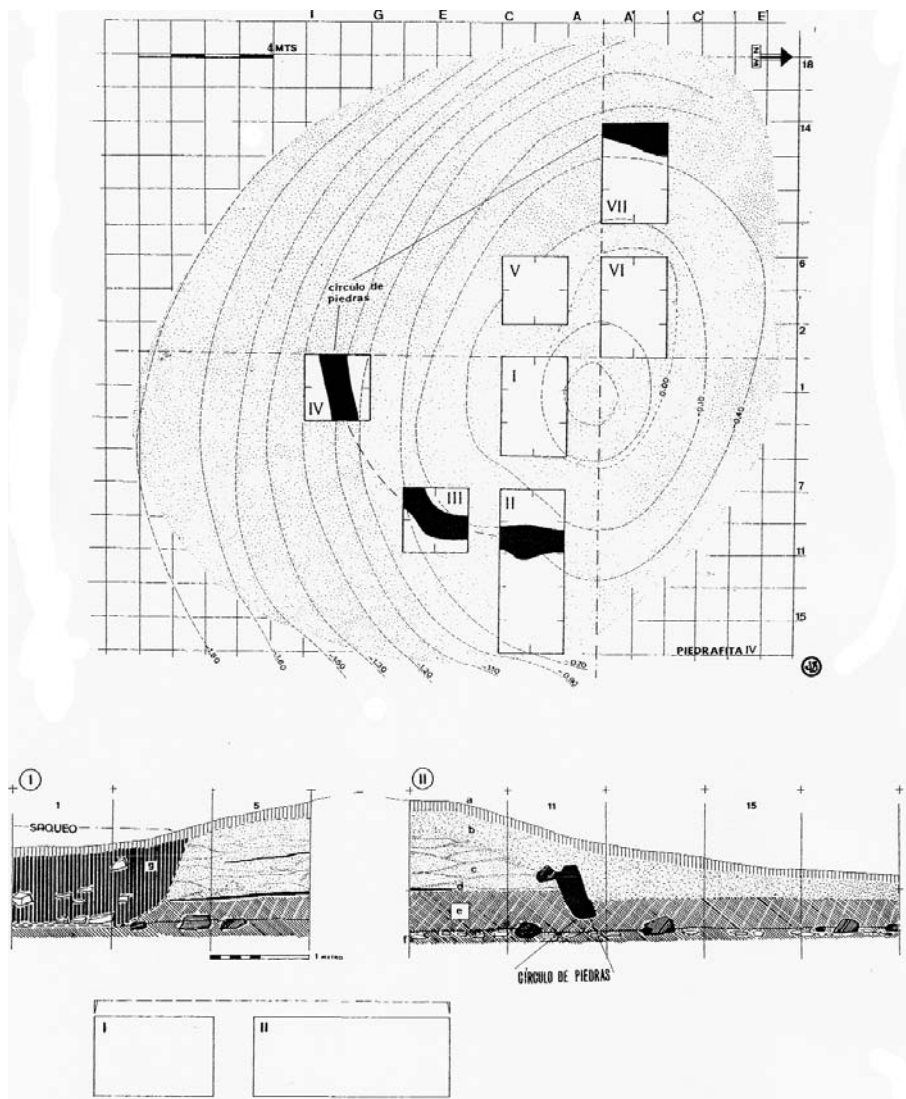


FIG. 9. Piedrafita IV. Planta y sección radial en los sectores I y II, ambos casos con la posición del círculo de piedras.

ceremonial no nos resulta excesiva, fue incendiada y sus vestigios recubiertos hasta determinar el túmulo que los preservó parcialmente hasta época reciente. Estaba en nuestra intención, tras otros compromisos, volver al monumento para incrementar el ámbito de lo observado, pero, por desgracia, el conjunto fue arrasado por un tractor, de modo consciente. Hubo sanción para su autor pero el destrozo era irreparable.

Como en otros túmulos regionales, no hubo en lo excavado materiales arqueológicos que reseñar, salvo el hallazgo, igualmente extraordinario y aún inédito, de una pieza de madera tallada en forma de punzón.

La oportunidad de muestras seguras para su datación nos permitió la medición de siete tomas de los troncos de roble, cuatro medidas en Utrech con el sistema AMS y las tres restantes por el método convencional en el madrileño *Laboratorio de Geocronología* del CSIC, con los resultados:

- UtC 7217, 5368 ± 44 BP; 4351-3993 calBC (95,4% de prob.)
- UtC 7218, 5404 ± 41 BP; 4361-4009 calBC id.
- UtC 7219, 5368 ± 42 BP; 4350-3994 calBC id.
- UtC 7220, 5284 ± 42 BP; 4323-3559 calBC id.
- CSIC 1378, 5176 ± 30 BP; 4040-3826 calBC id.
- CSIC 1379, 5261 ± 31 BP; 4220-3987 calBC id.
- CSIC 1380, 5133 ± 30 BP; 3988-3807 calBC id.

2. Túmulos sin cavidad interna clara o mínima

2.1. Piedrafita IV y I (1980)

Piedrafita IV comparte con los túmulos V y I del mismo conjunto monumental la presencia de un anillo de piedras localizado en la zona media del monumento, no así la presencia de los paquetes cenicientos.

De planta subcircular (diámetros: 20 m el NNO-SSE y 16,50 m en el NE-SO), nuevamente son los materiales térreos los que integran su cuerpo, desde un horizonte húmico de base hasta la cúspide (Fig. 9). La matriz dominante era un sedimento marrón-naranja en el que se entremezclaban numerosas bandas, delgadas, negras y cenicientas, de origen orgánico que en algunas zonas se disponían ordenadamente, dibujando algo semejante a una disposición en retícula. Se trataba, sencillamente, del resultado de la descomposición de la parte vegetal de los tepes arrancados del entorno y amontonados en el túmulo junto con el sedimento arcilloso extraído del paleosuelo (capa c); una patente economía de medios basada en la peladura superficial del propio paraje donde se erige el montículo.

La aparente monotonía estructural de las capas de tierras sólo se veía alterada por la existencia de un anillo de piedra circuncéntrico con la planta del edificio. El diámetro de ese anillo se pudo estimar en unos 12 m, de manera que el área delimitada sería de unos 120 m². Su composición no puede ser más escueta: bloques de arenisca cuarcítica, en algún caso de hasta 0,60 m en el lado mayor, encajados lateralmente entre sí y sobre el suelo.

Esa nítida banda lítica se inscribe en una primera etapa constructiva, encajadas las piedras en una gruesa capa de arcillas marrón-amarillentas (3) constitutiva de un solado, por tanto obra humana, sobre el que después sería levantada la arquitectura terromontera. Sobre ese mismo horizonte de arcillas se localiza una franja negra (d), siempre dentro de la superficie delimitada por el anillo lítico, discontinua, muy delgada y de naturaleza cenicienta. Por encima se acumulan sedimentos y tepes ordenados, de modo que el anillo bien pudiera haber significado el cierre perimetral de un primer episodio en la historia del monumento. Cuestión no resuelta es si tal hecho debe ser valorado como indicativo de la existencia diferenciada de un pequeño túmulo inicial, más tarde incrementado con la adición de más tierras, desbordando aquel primer edificio y recubriéndolo.

Hayan existido o no ambos estadios separados, tal precisión no negaría la doble lectura del aro pétreo: la delimitación tanto estructural como, acaso, figurada, simbólica, del espacio nuclear del monumento.

En cuanto al área más céntrica del ámbito enmarcado por el círculo lítico, afectada por el cráter del saqueo que se hundía hasta el suelo, nada se puede consignar aunque

sí resulte descartable la probabilidad de alguna estructura de entidad aparte del simple relleno térreo. La opción de los hoyos abiertos en el suelo o de cualquier otro minúsculo dispositivo pétreo no puede ser, en su razonable verosimilitud, obviada.

De nuevo aquí, y pese a la extensión de lo excavado, se repetiría la ausencia absoluta de cualquier material que cupiera relacionar con los llamados “restos de actividad ritual”, vacío que no creemos que deban de ser atribuido al celo extremado de los intemporales buscadores de tesoros.

Por lo que respecta a Piedrafita I, un volumen de 17 m de diámetro y una altura conservada de 0,90 a 1,20 m, su análisis se redujo a una mera sección radial con el fin de cotejar su composición y orden constructivo con lo visto en las excavaciones más detalladas de Piedrafita IV y V. De nuevo se verificaba la pauta del cuerpo monticular: un sedimento gris-negro de fuerte composición limosa, propio de la alteración del sustrato cuarcítico, en cuya parte media yacía una banda de bloques de arenisca, situados a la misma altura y conectados entre sí. La concentración de piedras alcanzaba el metro de anchura, seguramente correspondiente a un anillo semejante al visto en Piedrafita IV; estructura que también aquí se mostraba intercalada en el relleno sedimentario, sin una misión arquitectónica clara o determinante.

En la zona central del túmulo, el inexcusable saqueo alcanzó el *solum*, dando al traste con todo indicio de cualquier estructura diferenciada. Sobre los bloques del supuesto anillo pétreo, en el sedimento que los recubría, fue recogida una pieza de sílex (semejante al tipo 76, *pièce esquillée* de la lista de útiles del Paleolítico Superior de Sonnevill-Bordes Perrot, 1954-56), probablemente generada tras la fractura de un nucléito de hojas. Se trata, sin duda, de un producto circunstancial, sin relación directa con el monumento.

La presencia de la tierra cenicienta aproxima a este túmulo a Piedrafita V, en el que reconocíamos un importante protagonismo al fuego, y también en este caso fueron datadas dos fracciones de una misma muestra de tierra carbonosa en los laboratorios de Lyon y Granada, también con una visible discordancia que se amplía con su calibrado, hasta entrar en la Era:

- Ly 2940, 1760 ± 160 BP
- UGRA 195, 2560 ± 110 BP

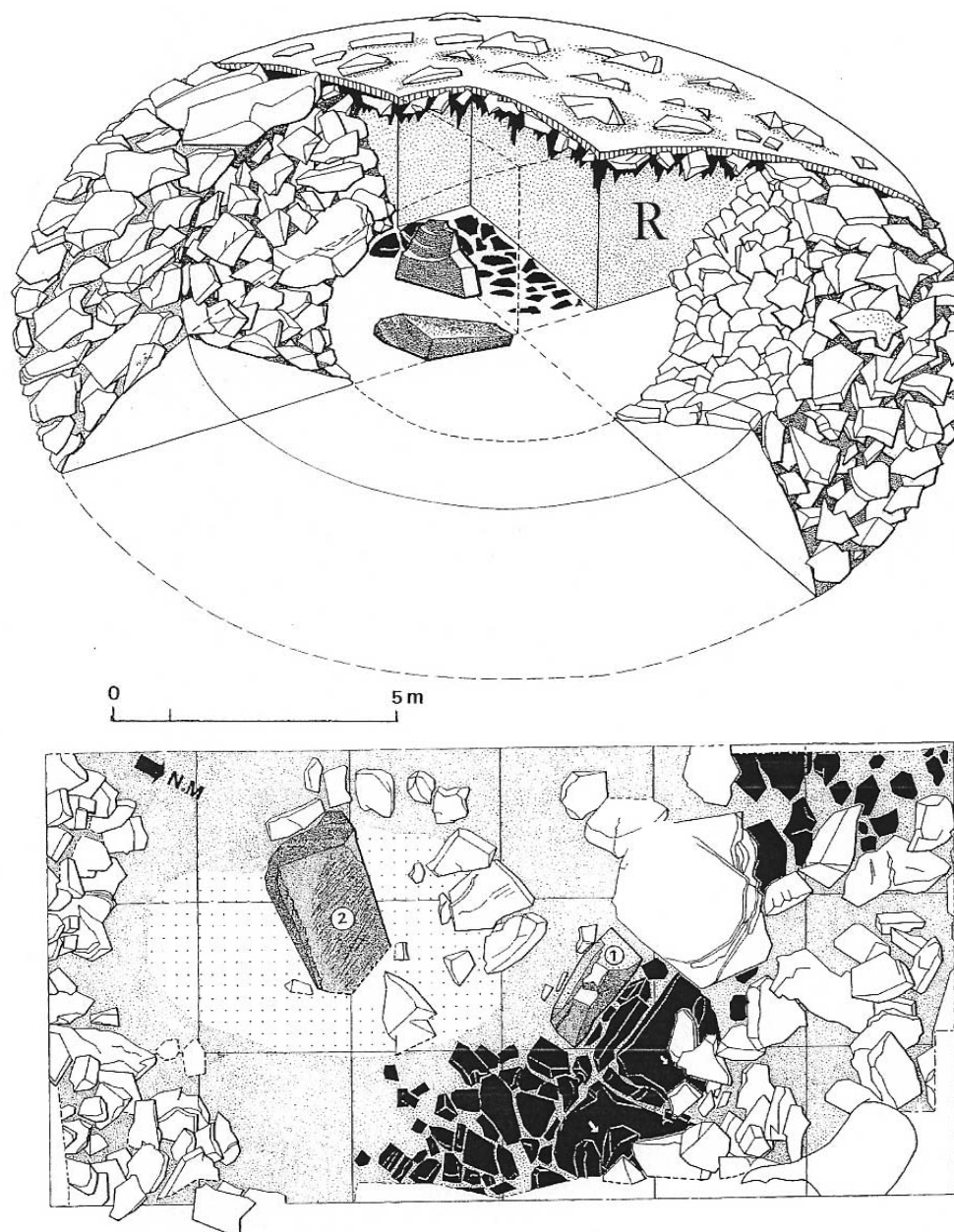


FIG. 10. La Llaguna A: abajo, detalle en planta del sector central con el enlosado en negro y los dos bloques de piedra; arriba, axonometría del conjunto en la que R corresponde a la masa de sedimentos que recubría el potente anillo pétreo y el ámbito interno.

2.2. La Llaguna A (1990)

El túmulo A de La Llaguna de Niévares, en Villaviciosa, es un interesante ejemplo de delimitación de un cierto ámbito interno sin llegar a la concreción de una cámara en sentido estricto (De Blas Cortina, 1992 y 1995).

Como ensayo constructivo el montículo artificial, de 14 a 16 m de diámetro y altura máxima conservada de 1,30 m, concluía una estructura laboriosa que, en esencia, se conforma en un gran anillo de piedras acumuladas con un atento sistema de encaje de unas con otras. Ese potente círculo pétreo establecía la planta general del monumento, determinando un espacio central en el que, sin presencia de una estructura techada, se erguía un bloque bien anclado en el suelo. Al norte y este del solitario ortostato, sobre el *solum*, se extiende un pavimento de lasjas. A pocos centímetros del ortostato yace otro gran bloque de piedra en posición apaisada; por último, al norte del bloque aparecía otro de volumen prismático cuyo cimiento fue alcanzado por el saqueo, aunque conservando su posición cercana a la original (Fig. 10).

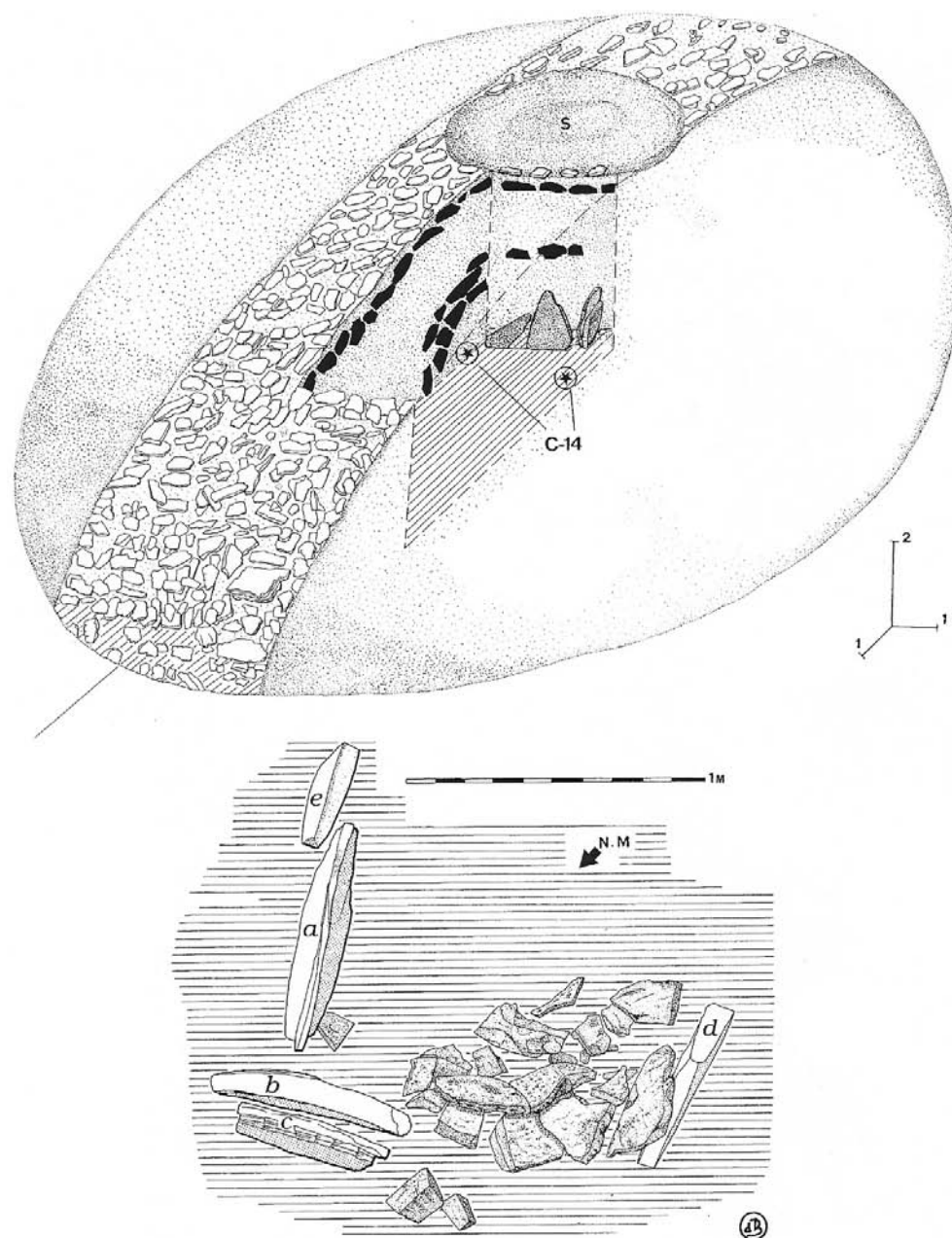


FIG. 11. La Llaguna D y, representada en planta, la pequeña pseudocámara.

El gran anillo de piedras y el área central diferenciada fueron sellados por una potente capa de sedimentos a su vez recubierta por una coraza pétreo que, ocasionalmente, incluía alguna lastra de buen tamaño. Como dato elocuente de la entidad del material de clausura, su potencia alcanzaba en algunas zonas los 1,20 m.

Si bien el expolio alteró el sector céntrico de la arquitectura, el análisis de lo conservado y de la incidencia del saqueo permitieron desechar la existencia originaria de un cámara dolménica más o menos típica; aun contando con el supuesto de que hubiera desaparecido alguno de los hipotéticos ortostatos que conformaran la *cella*. Por el contrario, el ortostato nº 1, el área pavimentada y el gran bloque apaisado niegan la opción de cualquier paramento reconocible. Es cierto que el ámbito interno que se concreta, delimitado por los dos bloques enhiestos con dos metros de separación entre ambos, se nos ofrece como estructuralmente ambiguo; una vez más se hace patente el hecho de que la adscripción de nuestros túmulos a un determinado canon tipológico es francamente escasa.

A la señalada ambigüedad estructural no se le opone un conjunto de razonables ofrendas, disipador de cualquier

duda. La normal parquedad, si no franca rareza de las ofrendas se manifiesta de nuevo. Lo único reseñable son un par de geométricos: dos trapecios elaborados con técnica de microburil y retoques abruptos en los lados oblicuos, y una azuelita pulimentada que apenas supera los 3 cm de longitud por 1,5 de anchura máxima. En todo caso, la simplicidad y parquedad de los objetos hallados no son inexpresivas, por lo que la atribución genérica a un contexto neolítico resulta apropiada. La misma adscripción cultural es la derivada de sendas fechas C14 de carbones tomados del horizonte inalterado en la base del monumento:

- GrN - 18282, 5175 ± 25 BP; 4030-3950 calBC (95,4% de prob.)
- GrN - 18283, 5140 ± 60 BP; 4070-3790 calBC

2.3. La Llaguna D (1988)

Las características de este túmulo de gran porte (hasta 22 m de diámetro por 2,30 de altura) se hallan en el límite de las concurrentes en los restantes casos que consideramos (De Blas Cortina, 1992 y 1995). En efecto, contenía en su interior, en el centro, una estructura en parte cerrada que dimos en tratar de pseudocámara.

Constituía el supuesto receptáculo un dispositivo mixto con cuatro pequeños ortostatos, formando un paramento en ángulo recto; otra laja erguida y un mampuesto de plaquetas cerraban un recinto abierto, en U, bastante impreciso. Las dimensiones de la estructura son modestas: la superficie es de poco más de 1 m², mientras que la laja más alta apenas superaba los 0,70 m de altura e igual magnitud en su anchura (Fig. 11).

Varios rasgos de este sumario ortostato retuvieron nuestra atención: un sugerente perfil trapezoidal que no sabríamos si meramente fortuito, la clara fijación de la laja en la roca madre con su plaqueta encajada a modo de calzo y, sobre todo, su propia materialidad: una arenisca muy compacta, de grano fino y de color blanco. Se mostraba, en suma, como una roca única entre todas las numerosísimas que componían el túmulo.

Este vago recinto se localizaba originalmente sepultado por el túmulo cuyas dimensiones originales superaron ampliamente en altura las que señalábamos más atrás. El elaborado montículo, compuesto de capas alternadas de sedimento arcilloso unas, y de gruesos bloques y lastras de arenisca, las otras (al menos dos trabadas capas pétreas

pueden ser bien reconocidas), determinaba un envoltorio impenetrable en su poderosa corporeidad. La pseudocámara hubo de ser, en consecuencia, solamente accesible antes de que el túmulo fuera tomando cuerpo, con independencia de que la secuencia del mismo se realizara de forma continua o se debiera a etapas distintas de recrecido. El aspecto final del monumento era el de un casquete pétreo, merced a la coraza que lo recubría. De la fortaleza de esta última película superior y de otras capas de piedras integrantes de la masa monumental pueden dar idea dos detalles: la minuciosa trabazón con que se disponían los materiales, a veces encajados de forma que hizo difícil su desarticulación y, en especial, las dimensiones de las lastras que en bastantes casos alcanzan 0,60; 0,70 y 0,80 m y, con menor frecuencia, piezas de 1,00 a 1,20 m.

La Llaguna D abre en el descifrado de su estructura numerosos interrogantes, pero no parece que entender la pseudocámara como el *locus* primario y determinante de todo lo demás sea impropio. La realidad de la monumentalidad neolítica atlántica es, al respecto, muy clara: grandes túmulos para acoger alguna camarita que, en los casos afortunados, conservaba todavía los despojos fúnebres de algún individuo. En la subsiguiente historia del túmulo no fue observado escalonamiento temporal alguno, perceptible en cicatrices en la masa sedimentaria (como episodios particulares de desarrollo edáfico, etc.). En la secuencia vertical sí se perciben aportes térreos de distinta naturaleza: bolsas de sedimento limoso con plaquetas y pequeños cantos integran el relleno de base en espesores de 0,80 m, sobre las que se presentan, sectorialmente grandes paquetes de arcilla rojiza, mientras que otra gruesa capa de sedimento marrón claro con cantitos y plaquetas de arenisca fosiliza todo lo anterior, mostrándose como el episodio, junto con las capas de piedra, de mayor regularidad de todo el cuerpo monumental.

No contamos pues con argumentos para reconocer en esa secuencia algo que no sea una variedad sedimentaria debida al acopio en diferentes zonas inmediatas de materiales de superficie como de otros, ya más profundos, en los suelos alterados. Pese a ello, la opción del túmulo progresivamente recrecido hasta su volumen definitivo en el peculiar proceso de exaltación-ocultación debe permanecer abierta y, en todo caso, susceptible de confirmación con nuevos análisis de una estructura que aún conserva amplios sectores intactos.

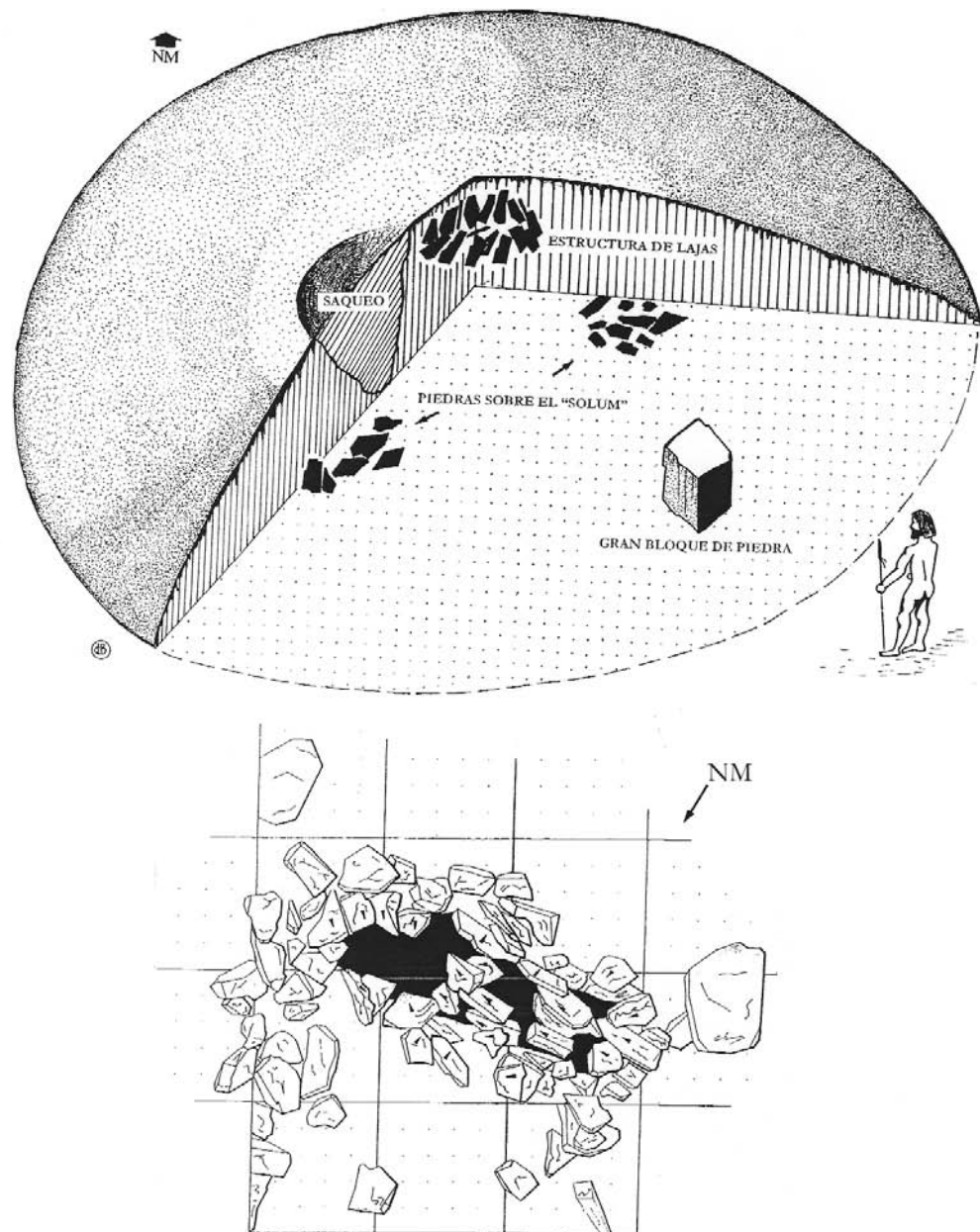


FIG. 12. Monte Deva V y detalle, en planta, de la estructura de lajas.

Dos muestras de carbón vegetal en el tramo basal del túmulo y en las inmediaciones de la pseudocámara aportan una indicación temporal que redunda en el acento arcaico de la estructura y en su filiación neolítica:

- GrN - 16647, 5135 ± 40 BP; 3990-3800 calBC (95,4% de prob.)
- GrN - 16648, 5110 ± 60 BP; 4030-3780 calBC *id.*

Es notable la coherencia entre ambas y su media ponderada apunta a un tiempo temprano en torno a la primera centuria del IV milenio a. de J.C.

Al igual que en el próximo Llaguna A, de este gran túmulo procede una minúscula azuela, esta vez de acusado perfil triangular, en una fibrolita cuidadosamente pulida, ¿simple casualidad o realidad de circunstancias y pautas rituales similares? Aparte de esta ofrenda singular, la parquedad de contenidos es de nuevo manifiesta: únicamente un trapecio aporta la sugerencia de una flecha preterita, además de diez láminas o fragmentos laminares de sílex y una más en azabache. De esas piezas, sólo la de azabache, con retoque abrupto lateral, pero de no más

de 2 cm de largo y otra de sílex, de 4,5 cm y huellas de uso en sus bordes, pueden ser anotadas en el capítulo de útiles. Se hallaban además entre las tierras de relleno un número discreto de restos industriales en sílex, cuarcita y cuarzo, correspondientes a cantos, algún resto de núcleo y varias lascas con retoque y escotaduras, materiales que entendemos como de arribada accidental al cuerpo tumular, por tanto de una más que incierta vinculación directa con el mismo y su finalidad.

2.4. Sierra Plana de la Borbolla 24 (1985)

La excavación de este túmulo de la sierra litoral extendida al este de Llanes, y conocido localmente como el "Coteru de Calombu" (Arias y Pérez, 1990), nos sitúa una vez más ante un monumento de difícil interpretación por la parca expresividad de su estructura, muy sumaria.

Sobre el suelo antiguo se extendía una capa de arcilla amarillenta de 0,25 m de potencia. El cuerpo del túmulo, con una altura máxima conservada de 1,35 m, consistía en el simple amontonamiento de sedimentos arenosos, pardo grisáceos con abundante materia orgánica. Arcilla de base y masa tumular procedían de distintos episodios de arranque y acopio del suelo de la sierra. Como única ruptura de la simplicidad del montículo fue reseñada la existencia en su borde oriental de varias lajas hincadas y un murete de bloques de cuarcita. Ése, al menos, aparente reborde contenedor del cuerpo monumental no existió o no dejó huellas perceptibles en el resto del túmulo.

En el sector central, donde la capa arcillosa era más gruesa, se conservaba pese al saqueo de expolio una estructura pétreo determinada por varias lajas de cuarcita, de sólo 0,30 m de largo, hincadas en el suelo, que se oponían a una lastra prismática del mismo material pero bastante mayor, 1,65 m, que originalmente también se dispondría erguida. En el ámbito determinado por esa escueta estructura había un hoyo circular, de unos 0,20 m de diámetro, sellado por la arcilla intacta y colmatado por tierra negra.

Como hallazgos igualmente parcos fueron consignados un *chopper*, una lámina truncada, de sílex, y algunas otras, no retocadas, de la misma roca.

De los carbones señalados se obtuvo una datación radiocarbónica que viene a concordar con bastantes de las de los túmulos que venimos considerando:

- OxA-6194: 5230 ± 50; 4220-3960 calBC (95,4%),

mientras que del dispositivo pétreo de delimitación del borde sur se anota la fecha

- OxA-6915: 3650 ± 55 BP,

interpretada como una posible reforma parcial del monumento durante el Bronce Antiguo (Arias *et al.*, 1999).

2.5. Monte Deva V (1999)

La accesibilidad y cercanía temporal de la publicación de este túmulo gijonés (De Blas Cortina, 2004) nos permite

ser concisos en su descripción. Básicamente se compone de una matriz sedimentaria diversa, explicable por el acopio de materiales también diversos extraídos en las inmediaciones del monumento. Pero en este caso su constitución térrea es particularmente llamativa ya que, a sólo algunas decenas de metros, se encuentra la cantera abierta para construir Deva III, un gran túmulo megalítico en el que se empleó exclusivamente la piedra.

Tal discordancia en cuanto a los materiales constructivos empleados en dos túmulos que se levantan en franca relación de vecindad implica una indudable distancia que puede encontrar su origen en factores de distinta naturaleza, incluida la potencialidad en mano de obra disponible en uno y otro caso.

Así pues, nos hallamos una vez más ante un gran montículo de tierra en cuyo interior sólo resultan reseñables algunos elementos que rompen su monotonía orgánica: a, dos agrupamientos de piedras dispuestas horizontalmente en la base del túmulo; b, un gran bloque de arenisca de volumen prismático y en posición erguida, de 0,70 m en su lado mayor; y c, una acumulación de pequeñas lajas de arenisca, muchas en posición inclinada, determinando el conjunto una planta subrectangular con su eje en el rumbo ENE-OSO y 3,50 m en el lado mayor. En definitiva, todo insinúa un primitivo receptáculo suficiente para contener, al menos, un cuerpo humano. En los respectivos extremos yacen tumbados dos bloques de buen tamaño (hasta 0,90 m en el lado mayor) (Fig. 12).

La ubicación de la estructura de lajas señalada, en el sector central del túmulo, y su morfología semejante a la de cualquier tumba simple, hacen defendible por su verosimilitud la interpretación funeraria de la misma. Obviamente, la cautela se deriva de la ausencia en su interior tanto de restos óseos como de materiales interpretables como ofrendas mortuorias.

En suma, los argumentos enunciados, más la contigüidad del gran túmulo pétreo con cámara pseudohipogéica (Monte Deva III), animan a la aceptación de Deva V como contenedor, al menos, de una sepultura (la existencia de eterno saqueo no excluye alguna, en todo caso muy liviana, estructura más); acaso un sepulcro único, selectivo, definitivamente cancelado por la masa sedimentaria constitutiva del cúmulo monumental.

De la supuesta tumba se obtuvo, partiendo de carbones de madera insertos entre dos de las lajas de arenisca, una fecha radiocarbónica:

- Beta - 165947, 3580 ± 70 BP; 2130-1740 calBC (95,4% de prob.)

Una segunda, del *solum*, es más antigua:

- Beta - 165948, 5070 ± 50 BP; 3970-3720 calBC (95,4%)

Sin embargo, la procedencia de esta última del horizonte edáfico A, eliminado el tramo de suelo superior, nos lleva a valorar como más atendible la conexión de esta data del primer tercio del IV milenio con algún momento de actividad humana en la zona, acaso durante la construcción de alguno de los otros túmulos del área, en algún caso de estructura dolménica. La fiabilidad, al menos en cuanto a su posición se refiere, de la fecha relativa a fines

de la Edad del Cobre-Bronce Antiguo, también tiene que ver con la circunstancia ponderada de la situación inalterada de la identificada como tumba de lajas, del mismo modo que también se conservaba intacta la masa tumular que la recubría.

Como último aspecto digno de mención, resaltemos la truncadura sufrida por el suelo original con la pertinente eliminación del horizonte edáfico.

3. De la base a la cúspide; una lectura del interior de arquitecturas herméticas

3.1. El túmulo como "locus" abierto

En todos los casos considerados la erección del túmulo implica el definitivo aislamiento del ámbito que la propia arquitectura determina; en una contradicción aparente, la mayoría de las operaciones que darían sentido al túmulo (fuegos, apertura de hoyos en el suelo, etc.) tuvieron lugar al aire libre, en la pública exposición de los actos efectuados, siendo después el propio montículo artificial la arquitectura que viene a sellar, proteger y ocultar, a la vez que denunciándolo, lo allí acontecido. A diferencia de los túmulos dolménicos, dotados de una cavidad más o menos accesible y segregada, en los que siempre cabe la repetición en su interior de ceremonias fúnebres y ritos diversos, el origen de nuestros túmulos parte de la concreción de un locus aéreo, abierto.

3.2. El espacio concreto: plataformas y suelos truncados

La idea de un locus abierto inicial se refuerza por lo que constituye un rasgo si no absoluto sí dominante: la identificación de planos preparados que alcanzando un desigual desarrollo en superficie se ubican siempre en posición central con respecto a la planta del túmulo.

La presencia de plataformas, generalmente lechos de arcilla o tierra, en la base del monumento es reiterada: túmulos 16 y 18 de Campiello, Piedrafita IV, nº 24 de la Sierra Plana de la Borbolla, Canadeiro I (La Xorenga); lecho de base que puede ser remarcado por la presencia de un desigual empedrado (Campiello 16), mientras que en el túmulo de la Cruz del Muertu se constata una densa plataforma de piedras, que en el sector central de La Llaguna A llegó a constituirse en un neto enlosado.

En otros casos, La Llaguna D, Piedrafita V o Monte Deva V, los túmulos se levantan sobre suelos truncados, carentes del horizonte AO de acumulación orgánica.

Es probable que con ambos procedimientos, eliminación del suelo original y construcción de solados, se persiguiera un mismo objetivo: el nacimiento de un horizonte nuevo, de un espacio ajeno a toda realidad previa. Tal vez expresaran un acontecimiento básico en la erección de los túmulos, la materialidad de un suelo simbólico o ideal, impoluto, en el que no cabrían elementos de la contaminación vital causada por personas, animales o plantas.

Sobre ese horizonte ideal se desarrollan los sucesivos episodios que, de manera perceptible, se sustancian en hoyos, círculos de piedras, cenizas o restos de madera quemada; incluso, por aventurada que resulte la propuesta, tampoco habría que rechazar la posibilidad de que también actuaran como lugar de previa exposición de los

cadáveres a los elementos, la denominada, en términos anglosajones, *excarnation*.

Como veremos más adelante, la cúspide del túmulo es el plano opuesto, simétrico, de plataformas y suelos truncados: principio y fin del marco ritual-fúnebre.

3.3. Hoyos, anillos de piedra y otras parcas estructuras

Los hoyos abiertos en el suelo están presentes en Campiello 16 y 18, Canaceiro I (La Xorenga) y Sierra Plan de la Borbolla 24. Todos ellos se hallaban cerrados, en Campiello 16 por unas piedras, en Campiello 18 por la propia plataforma de base, en el nº 24 de la Sierra Borbolla por una capa de arcilla. Eran hoyos de proporciones discretas; los mayores se dan en Canaceiro I, que con bocas en torno a los 40 cm de diámetro y profundidades de 0,60 y 0,95 cm no ofrecen una gran capacidad, hueco que en el nº 24 de la Sierra de la Borbolla es mínimo; en otras palabras, son pequeños pozos en los que el depósito de hipotéticos cadáveres sería impracticable, limitación que no impediría, según el caso, la introducción de algún esqueleto desarticulado o de huesos seleccionados.

En la mayoría fue señalado el relleno, constituido, sin más detalles, por tierra cenicienta, tierra negra y, a veces, pequeños carbones. A estos testimonios, de excavaciones bien documentadas y más o menos recientes se puede sumar, por su expresividad, otro más de las antiguas exploraciones en la misma Sierra de la Borbolla: en el túmulo I de la Capilluca (o de las Campillinas) yacía, hacia el centro y también bajo una capa de arcilla, una laja de piedra a modo de tapadera de un hoyo abierto en la roca madre, conteniendo tierra suelta y una punta de sílex "biconvexa" de paradero hoy desconocido. Sobre la laja fue además observada la presencia de "cenizas y residuos de carbón vegetal" (Fernández Menéndez, 1931). La localización de la punta de flecha dentro del hoyo no deja de ser un rasgo de interés: entendida como ofrenda otorgaría una dimensión específicamente sepulcral al pozo.

Los anillos de piedra son una característica de los túmulos I, IV y V de Piedrafita, pero lo que en una primera aproximación cabría reconocer como componente arquitectónico respondería, por el contrario, a razones menos primarias. En efecto, y como anotamos oportunamente, en Piedrafita V fue tendido el cinturón de piedras al mismo tiempo que se iba depositando el relleno del túmulo, incluso entremezclados los cascotes de cuarcita entre el sedimento carbonoso. La misma ausencia de función constructiva se desprende de lo observado en Piedrafita I. Sin embargo, el amplio anillo de Piedrafita IV bien pudiera haber actuado como delimitador perimetral de un primer túmulo, después acrecentado hasta alcanzar su definitivo volumen.

Pese a esta última observación, los anillos son en conjunto elementos que se acomodan más con un modo de demarcación espacial que con cualquier otra finalidad que podamos reconocer. Ciertamente, sobre el valor simbólico de los círculos hay versiones diversas en el registro etnográfico y también arqueológico, pero la idea de concentración, de agrupamiento, de conformación de un ámbito singular es la más frecuente. En la misma Asturias central, el gran túmulo que recubre la cámara pseudohipogea de Monte Deva III (De Blas Cortina, 2000) ofrece anillos pétreos sobre el suelo, circuncéntricos con la cámara sepulcral

y con una intención ajena a la estabilidad del cuerpo del megalito. En definitiva, acaso los anillos de Piedrafita respondan a intenciones de cierta cercanía con las que habrían determinado la truncadura de los suelos o la preparación de plataformas, una manera más de delimitación de un área especial.

Entre las estructuras internas, las grandes piedras erguidas de La Llaguna A y el espacio enlosado contiguo, y la pseudocamarita de La Llaguna D, dan atisbos de definición de una zona central propicia para la deposición de despojos fúnebres; del mismo modo, en el túmulo 24 de la Sierra de la Borbolla, otro bloque prismático y algunas piedras también nos sugieren la segregación de un sector particular en el que, además, se abría un hoyo.

Más inextricable, por último, es la cascada pétreo de Monte Areo V que, no obstante, nos anima a interpretarla como una especie de frente o fachada, rompiendo la monotonía estructural de lo que pudo ser el núcleo de un túmulo de exclusiva composición arenosa, sin componente arquitectónico alguno en su interior.

3.4. Maderas quemadas, arcillas rubefactadas y cenizas

Del papel del fuego en la biografía de bastantes túmulos y megalitos ibéricos no se tomó definitiva conciencia hasta la investigación de algunos sepulcros en los que, como aconteciera en el castellano de El Miradero, se constató de modo incuestionable la existencia de incendios de gran magnitud (Delibes y Etxeberría, 2002).

Sin embargo, la función del fuego en los que aquí analizamos, en lo que parecen aplicaciones bastante contrastadas, se habría cumplido en un momento anterior a la edificación terromontera. En Monte Areo XII, el túmulo vino a soterrar los restos de una sumaria estructura de madera incendiada. La hipótesis, en este caso, de una cabaña ritual, acaso algo semejante a una casa de la muerte no parece disparatada toda vez que sobre sus vestigios calcinados fue dispuesto el túmulo con una regularidad que deja recubiertos en posición aún inclinada a alguno de los postes, y en localización central los hoyos en los que aquéllos se sustentaron.

Solamente caben circunstancias parecidas en Campiello 18 donde, pese a la imposibilidad de recomponer estructura lúnea alguna, se conservaban fragmentos de los troncos, embutidos en la masa tubular y aún con una cierta inclinación. De la incidencia del fuego dan fe tanto las masas de cenizas como las arcillas rubefactadas en la plataforma de base, pero se trataría de fuegos al aire libre, sin que se observaran las vitrificaciones características de un medio cerrado: el efecto horno. En suma, maderos y hoyos no parecen guardar relación directa; al menos una de las cavidades estaba sellada por la película de arcilla y cascajo de pizarra, de modo que no podría haber sido la fijación de alguno de los postes de la supuesta estructura de madera. Por el contrario, resulta más probable que los hoyos, por su ubicación hacia el centro del túmulo, se inscribieran en el interior de aquélla; los leños se distribuyen, en efecto, tanto al norte como al sur de ambas oquedades.

En los demás casos —salvo en Piedrafita V con su potente capa cenicienta sólo atribuible a la quema de una considerable cantidad de leña, fuego que también precedió al túmulo culminado—, se trata de una actividad de

ámbito menor pero sin duda sustancial en las operaciones asociadas a cada lugar. A este respecto lo descrito en Campiello 16 permite una cierta recreación de los acontecimientos. En efecto, las “ofrendas pulimentadas” se localizaban sobre el círculo de arcilla de “vivo color rojo” que se registra como quemada, pero las piezas no muestran señales de rubefacción. Si además se considera la ausencia de los carbones derivados del necesario fuego, cabe la propuesta de una secuencia plausible de los acontecimientos: 1, *fuego sobre la plataforma arcillosa*; 2, *retirada de las cenizas tras su extinción*; 3, *deposición de las hojas de piedra pulimentada sobre la superficie enrojecida por la hoguera*.

Una parte de la ceremonia sobre la plataforma preestablecida viene así a tomar forma, y más allá de su sentido (¿qué se quemó?, ¿por qué se limpió la zona afectada y fueron retiradas las cenizas?, ¿cómo entender el trinomio cincel-hacha-cuchillo vinculado al fuego enrojecido?), aun cabría preguntarse si las cenizas del fuego no son algunas de las acumuladas en sus inmediaciones.

Ignoramos qué se quemaba, aparte de leña. Todos los túmulos que consideramos se yerguen sobre rocas no calizas, generadoras de tierra parda podsolizada, ranker gris o ranker gris distrófico, condiciones que caracterizan a más del 50% del suelo de Asturias (Guitián Ojea *et al.*, 1985). Son, en consecuencia, medios de alta acidez capaces de deshacer en breve plazo cualquier vestigio orgánico, incluidos los huesos más resistentes, por lo que a la acción del fuego en supuestas cremaciones se sumaría la aún más destructiva acción edáfica.

Los intentos de control del quimismo de los suelos en la búsqueda de indicios delatores de la putrefacción de cuerpos no tuvieron el deseable resultado. En Monte Areo V se procedió con técnicas de fusión, disolución ácida y absorción atómica al análisis del sedimento de la notable hoguera al pie del pseudoparamento o fachada meridional del túmulo¹. Con idéntica intención se habían medido en 1981 las dosis de fósforo de la masa cenicienta y tierras rubefactadas en contraste con las contenidas en el sedimento al exterior del túmulo Piedrafita V; tampoco en esta ocasión se obtuvieron indicios expresivos (% P de las tierras cenicientas: 0,020% en vía gravimétrica y 0,028 en la volumétrica; y 0,014% y 0,019%, respectivamente para los sedimentos no tumulares)². No estamos en condiciones de asegurar si la indetección de una presencia anómala de fosfatos depende o no del seguimiento de un método analítico tan preciso como la espectrofotocolorimetría, por otra parte bastante pesado y con frecuencia poco accesible (Guillera y Bazile, 1987).

La suposición del fuego fúnebre no se nos antoja insólita si bien la quema de cadáveres constituye en contextos neolíticos un proceder poco frecuente y, aún en los casos constatados, acaso debida a razones no necesariamente rituales. Fue sin duda más habitual la cremación a partir del neolítico final. El testimonio valenciano del abrigo de Escurropeña, cavidad receptora de los restos de catorce cuerpos quemados en otro lugar, ilustra una modalidad funeraria que alcanzaría un mayor arraigo en las edades del Cobre y del Bronce (Pascual Benito, 2002).

¹ Análisis realizados en 1996 por los profs. Crespo, Llavona y Zapico, del Dpto. de Ciencia de los materiales de la Universidad de Oviedo.

² Análisis del prof. Enrique Sánchez Uría del Dpto. de Química Analítica de la Universidad de Oviedo.

4. Recapitulación biográfica de los túmulos: la arquitectura nacida del soterramiento de un sitio especial

Ante cada uno de estos monumentos es precisa la atención a su devenir, conscientes de que son siempre “lugares intencionalmente modificados, condenados, cerrados”, tal como breve y certeramente se nos recordara (Masset, 1993: 166). De uno u otro modo, venimos apuntando pasajes de esa realidad que casi siempre se percibe a través de indicios sutiles, por tanto de difícil interpretación.

Es innegable que del ahínco de los saqueadores de distintas épocas se deriva la pérdida de una considerable información. Sin embargo, la distinción en La Llaguna A, uno de los casos más inteligible, de un recinto enlosado al que delimitaba un potente anillo de piedras, del cúmulo de sedimentos que recubriría todo aquello y de la postrera coraza pétreo que finalmente encerraba el conjunto, da pie a la recreación de fases que no sólo serían constructivas, sino también momentos sucesivos en la biografía del edificio. ¿No serían los dos últimos episodios la definitiva clausura del ámbito funerario? Aceptada esa posibilidad, lo que a menudo valoramos como morfología del monumento acabado sería, por el contrario, la del lugar ritual sellado e inaccesible. De nuevo de la base (plataformas y suelos truncados) a la cúspide se cierra un ciclo ritual que debe permanecer aislado de las contingencias de lo cotidiano.

Observaciones de la misma naturaleza caben en Monte Areo V donde la cascada de piedras cerraría un primer túmulo. Al pie de esa fachada de bloques de arenisca cuarcítica se encendió un gran fuego que dio al traste con un poste de madera allí erguido; más tarde, todo el conjunto sería sepultado por un nuevo cúmulo de arenas hasta conferirle el volumen delator de la presencia del vestigio prehistórico.

Así pues, lo que a menudo valorábamos como estricto acabado monumental es probable que correspondiera a algo bien distinto conceptualmente: una intención expresa de abandono del enclave fúnebre e incluso su misma negación (aunque cómo negar lo que con el montículo erigido se hace más evidente). Quizá sea esa actitud de ocultación y, a la vez, de recordatorio del *locus dramatis*, la que nos permita comprender a Monte Areo XII y su arquitectura de madera desmantelada por el fuego —que no deja de recordar la tumba de Illade, en La Coruña, con su rampa de madera quemada y soterrada por un túmulo en el tercio postrero del V milenio (Vaquero, 1999)—, y también a otros túmulos en los que jamás existió un espacio interior, negado por la propia materialidad del montículo, como los de Campiello 16, Campiello 18 o La Xorenga.

En fin, en esta sumaria perspectiva “biográfica”, el supuesto modelo monumental se difumina ante la plausibilidad de lo que sería una solución sencilla y generalizada, el soterramiento mediante los túmulos (entendibles entonces como elementos postreros y no como el diseño arquitectónico primigenio), para, de una vez, encerrar, ocultar el sitio concreto en el que se había procedido a operaciones, probablemente muy diversas, de carácter funerario.

5. La cuestión de las ofrendas

Pese al desgranado de tanto desconocimiento, no hay argumentos que animen a una interpretación de los túmulos

que excluya su radicación en las ceremonias de la muerte (De Blas Cortina, 1995); en consecuencia, salvo algún claro instrumento de trabajo, los objetos asociados cabe reconocerlos como parte del viático de los muertos o, si se prefiere, como “restos de la actividad ritual”.

Sería aquélla la primera asignación, la instrumental, de materiales como los percutores bipolares sobre largo canto rodado de Piedrafita V y Monte Areo V (Fig. 13: 2 y 5); empero, ¿con qué criterio aceptar como ofrenda un hacha, negándole la misma intención a uno de esos útiles? (una cuestión planteada en contextos diversos desde el mesolítico al megalitismo; Boujot y Cassen, 1998: 124). Pero la tónica dominante en estos túmulos es la escasez, si no total ausencia de los objetos asociados. No se registran, en efecto, hallazgos dignos de atención en lo excavado en Piedrafita IV, Monte Deva V, La Xorenga o Sierra de la Borbolla 24, y de tal ausencia nace la impresión, y también el diagnóstico simplificador, de hallarnos ante “tumbas pobres”. De lo discutible de esa valoración automática nos ocupábamos no hace mucho, recordando que la determinación de los medidores de riqueza no es universal ni intemporal y que sólo resulta discernible en contextos culturales y espaciales bien delimitados. También insistíamos en la presumible importancia de las ofrendas realizadas en materiales perecederos, de la madera a la piel, tan disponibles en una región de abundancia forestal y venatoria bien documentada desde los primeros ciclos holocénicos (De Blas Cortina, 2004). El hallazgo de una punta o punzón de madera en Monte Areo XII nos orienta, en su discreción, hacia esa lógica posibilidad.

Aun con la parquedad de lo disponible hay lugar para valorar algunos aspectos de interés:

5.1. Los bienes amortizados

Hachas como las de Campiello 18 y Piedrafita V, en dimensiones, tenacidad y fracturas, atestiguan su existencia prefuneraria como instrumento, algo probable para otros materiales como las láminas de sílex o algunas puntas, truncaduras y raspadores, etc., como los de Monte Areo V (Fig. 13: 5-9). Es menos clara, desde luego, la posibilidad de establecer si otros productos menores como algunos microlitos geométricos, pensando en su función de puntas de flecha, sí habrían formado parte del armamento ordinario antes de su amortización en la tumba, o si fueron productos creados expresamente para su función votiva. Tal vez la diferencia no sea baladí, en la medida en que ciertas oblaciones, como sucede con las armas, hubieran gozado de un protagonismo cierto en la vida de sus propietarios; bienes presentes en los acontecimientos fundamentales de su experiencia personal y también aun traspasada ya la frontera de la muerte biológica.

Las hachas de Piedrafita V (Fig. 13: 2 y 3) requieren alguna atención de aceptar, con los hechos oportunamente considerados, la correspondencia cultural del túmulo contenedor con la Edad del Bronce avanzada. En tal caso, la hipótesis de la vigencia de aquéllas, aún compatibles con las de metal, es, como señalábamos, razonable; no obstante, la elección de instrumentos/arma tan dotados de una reconocida carga simbólica, de elementos de alta estima que vienen de atrás y que, por tanto, enlazan con tiempos y generaciones anteriores, es así mismo ponderable.

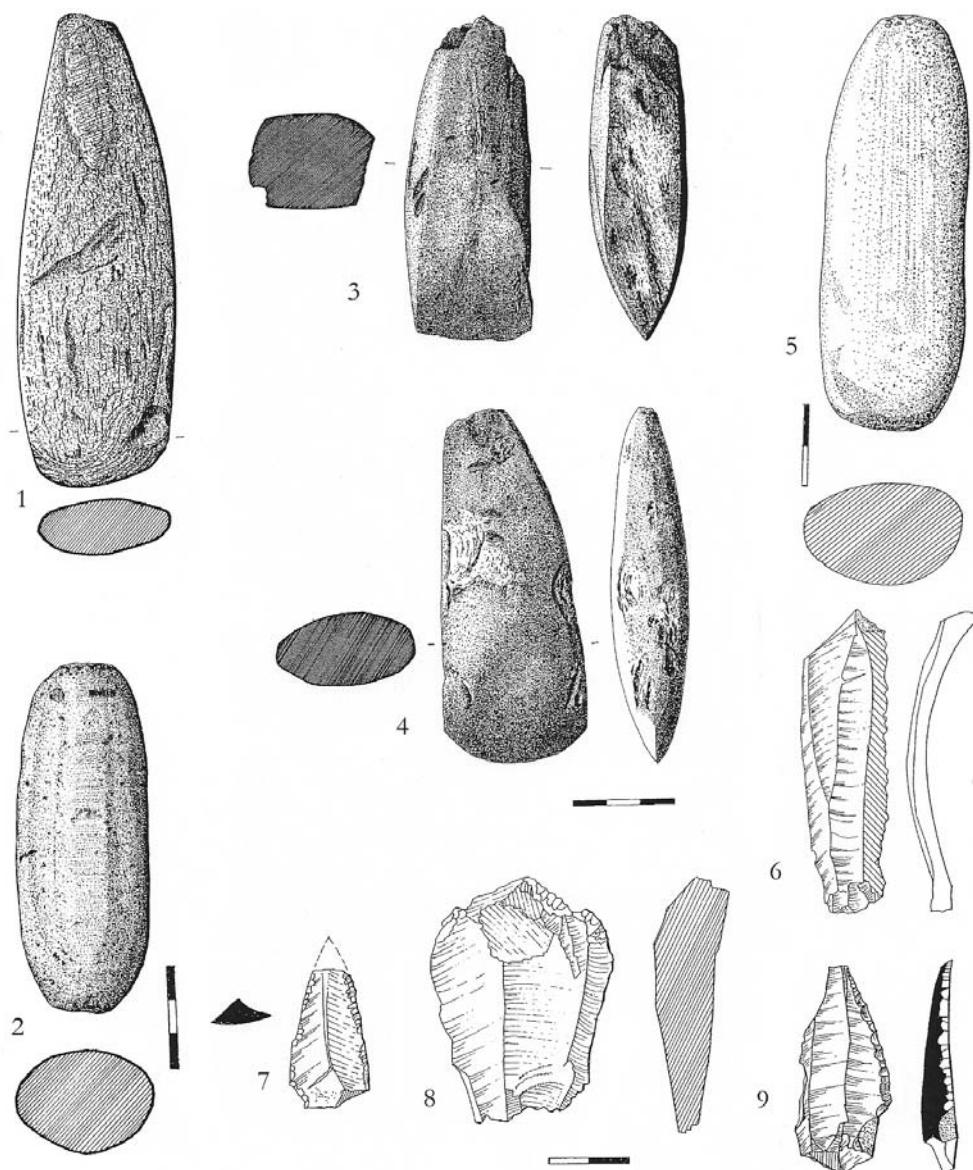


FIG. 13. Útiles y armas amortizados: Campiello 18 (1); Piedrafita V (2, 3 y 4) y Monte Deva V (6, 7, 8 y 9).

De la transferencia de reliquias pétreas de un ciclo funerario a otro contamos con un probable testimonio de calidad en el dolmen coruñés de Dombate: ofrendas de un pequeño megalito desmantelado trasladadas al gran dolmen de corredor construido posteriormente (Bello Diéguez, 1996). ¿No sería acaso esa operación lo único perceptible del desplazamiento de los propios huesos de los inhumados? La acidez de los suelos del NO, recordada más arriba, niega la preservación de huellas tangibles. Con más fortuna, y suelos más clementes, hay probados casos en el megalitismo atlántico de ese proceder. Lo observado en las islas Orcadas, el traslado de huesos rotos, quemados, de los antepasados, desde sus tumbas originales hasta un nuevo monumento (Richards, 1988: 50) no tuvo que significar una práctica excepcional o restringida a un único territorio. No parece improbable, en definitiva, que la presencia de objetos de presumible origen ancestral en una tumba represente la sustitución de los propios despojos de aquéllos, o bien la parte conservada de lo que pudiera haber sido la reubicación de huesos y ajuares. Quizá en esa supuesta muestra de fidelidad, de la solidaridad transgeneracional, se encuentre el sentido de las hachas pétreas de Piedrafita V.

Del carácter intrusivo, tardío, de la cerámica del túmulo Canaceiro I (Fig. 7), en La Xorenga, ya nos ocupábamos al tratar de aquel monumento que interpretamos como receptor de una nueva deposición funeraria a la que pudiera haber acompañado el vaso: un tipo característico de un ciclo cultural cuajado muchos siglos después de la erección del edificio monticular.

5.2. Simulacros: útiles/arma aparentes

Un aspecto que no debe de pasar inadvertido en la parquedad de las ofrendas disponibles es la presencia de piezas reconocibles como simulacros o imitaciones.

Creemos que es ésa la asignación que habría que concederles a las dos piezas pulimentadas de Campiello 16. El escoplo está confeccionado en una limolita o siltita, respondiendo igualmente el hacha a un material pizarroso con limo-arcilla; genéricamente cabría clasificar ambas rocas como pizarrosas o, si se prefiere, como cuarcitas siltíticas, ambas de fragilidad extrema³, por tanto inútiles como verdaderos instrumentos.

La mayor (Fig. 14: 1), a la que por su largura (19,3 cm) y corte en bisel clasificaríamos en una identificación funcional como un escoplo, se inscribe en la familia de los cinceles y

gubias, piezas también de 20 a 22 cm de longitud, que en el NW se concentran en la Galicia septentrional (Fábregas, 1988: 34), adscritas a un marco cultural distinguido como "megalítico tardío", ambiente en el que también figuran las mazas, picos y azuelas con perforación de enmangue. La relación de esos tipos singulares, identificados como ofrendas funerarias, se verifica nítidamente en Monte Campelos (Lugo), incorporados allí a un túmulo ya preexistente mediante la apertura de una fosa para una probable inhumación (Rodríguez Casal, 1983).

La hoja de hacha (Fig. 14: 2), de constitución y aspecto deleznable, halla igualmente parentesco en otra semejante y así mismo corroída de la "gran cista" de Veiga dos Mouros, donde constan, entre otros pulimentados, una magnífica maza lobulada (Maciñeira, 1941: lám. XL). Cabría orientar en el mismo sentido los hallazgos recientes del túmulo arrasado de la Dehesa del río Fortes, en Ávila, donde una de esas largas hojas pulimentadas,

³ Según los análisis macroscópicos que debemos al prof. D. Guillermo Corretgé, de la Facultad de Geológicas de la Universidad de Oviedo.

—también aparece allí una pequeña maza perforada—, muy troceada, era una muy quebradiza sillimanita (Estremera y Fabián, 2002).

Del carácter simbólico de las mazas, picos y azuelas perforados del NW, como atributos de prestigio —de manifestación de poder y acaso de exaltación del vínculo experiencia-virilidad; objetos en cierto modo cercanos a los cetros e incardinados en un tiempo de cambio, marcado por la desmembración del universo megalítico—, todavía nos encargábamos en fecha cercana (de Blas y Corretgé, 2001). No es improbable que sea en esa atmósfera de la simbolización del rango donde hallen su razón de existir estos objetos de Campiello 16; útiles/arma aparentes, meros simulacros, artículos de pompa transferidos a la tumba con un seguro mensaje en el que además del estatus puedan reflejarse incluso detalles concretos como la filiación sexual y acaso la edad (recordemos la constatación en necrópolis muy expresivas del trinomio cetrovarón-anciano) de los homenajeados con tal clase de entregas mortuorias.

Aunque a menudo poco considerados, los simulacros no serían extraños a la ritualidad megalítica, las falsas botellitas de barro del Miradero, en Valladolid, establecen al respecto un testimonio en el que no caben dudas (Delibes, 1996: 62-63), como tampoco son útiles o armas reales las grandes azuelas dobles y las hachas de combate en material calcáreo, por aportar un explícito referente continental, ofertadas en las tumbas neolíticas del rubanense medio y final (Jeuneusse, 1997: 90-91).

5.3. Simulacros: útiles/arma miniaturizados

Más arriba destacábamos la presencia de hachas/azuelas minúsculas en los túmulos A y D de La Llaguna de Nievares (Fig. 14: 4 y 3). La investigación etnográfica de primitivos actuales nos enseña, y eso no es ajeno a las culturas más complejas, que los niños usan y a menudo fabrican artefactos imitando, a escala reducida, a los de los adultos, y también empleados en funciones similares o de manera exclusivamente lúdica. En observaciones directas como las realizadas entre los Nunak de la Amazonía se constata que lo confeccionado por los adultos para los juegos infantiles suele manifestar un mínimo esmero, mientras que lo hecho por los propios niños resulta así mismo de baja calidad, fruto de su limitada pericia (Politis, 1998). Desde luego, no es ése nuestro caso. Las miniaturas instrumentales de La Llaguna emplean roca de calidad y su acabado es igualmente notable; ¿obra pues de adultos para niños; ofrenda mortuoria en un entierro infantil? En sentido opuesto, el argumento de que las piezas en miniatura no fueran más que una forma de ahorro de materias

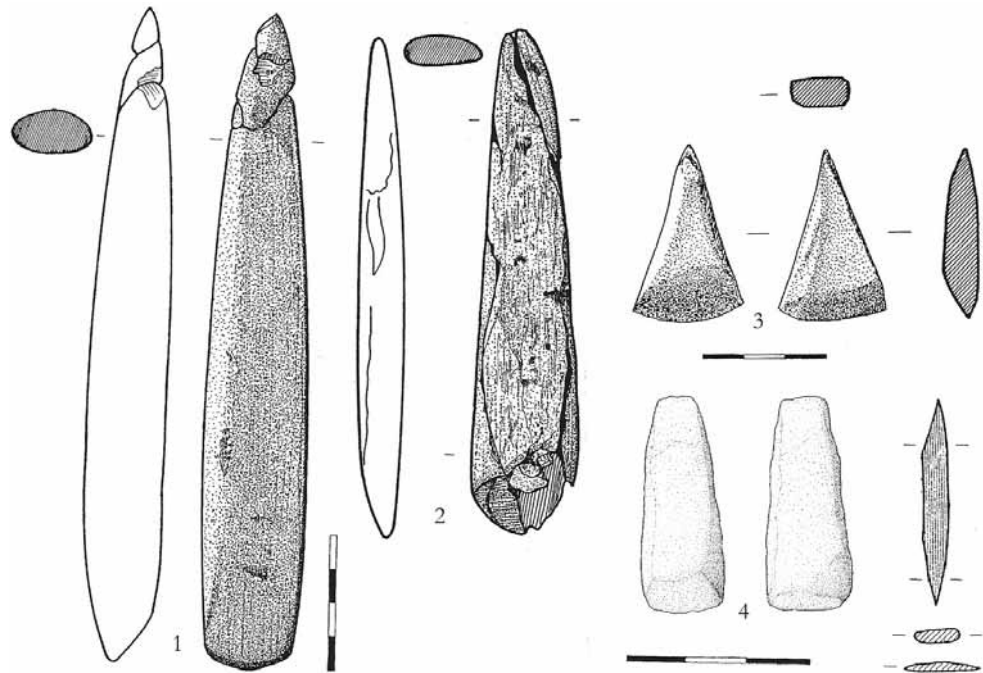


FIG. 14. Simulacros (útiles/arma aparentes y miniaturizados): 1 y 2, Campiello 16; 3, La Llaguna D, y 4, La Llaguna A.

primas de calidad nos resulta, en su obviedad economicista, apenas convincente.

No es asunto de fácil discernimiento el de la naturaleza de determinados objetos singulares cuando, además, se localizan en lugares ajenos a los estrictamente domésticos. Ocurre así con bastantes de las figuritas antropomórficas aparecidas en Europa a partir del neolítico e instaladas en la extrema ambigüedad de su interpretación como elementos de la vida ordinaria, por tanto simples juguetes o, ya en la dimensión ritual, como ídolos o simulacros votivos (Ucko, 1969). Quizá sea menos incierto el caso de objetos de los yacimientos lacustres de la Europa centro-occidental: vasitos de barro, a veces elaborados por manos inexpertas, alguna piragua monoxílica en miniatura o pequeños mangos de hacha (¿para hojitas como las que nos ocupan?) realizados en avellano, una madera fácil de trabajar, cuando en su contexto cultural los enmangues normales de las hojas pulimentadas se realizaban en madera de fresno, más resistente (Petrequin, 1984: 159). El juguete como imitación de las tareas acometidas por los mayores es pieza fundamental del aprendizaje, pero en la misma medida que determinados objetos de los adultos pasan al ámbito de lo ritual (las hachas, por ejemplo), también podrían hacerlo sus versiones reducidas usadas por los niños.

El tratamiento ritualizado de ciertos menores difuntos anima al reconocimiento de prerrogativas infrecuentes en ellos, con su lógica consecuencia social. No obstante, los testimonios etnográficos aconsejan cautela: un tratamiento funerario infantil distinto del dispensado a los adultos puede deberse a formas también contrastadas de interpretación de la muerte según la edad, lo vivido y la experiencia, más que a diferencias de orden económico (Ucko, 1969). En todo caso, la existencia de ricos entierros infantiles no reflejaría la condición privilegiada de un niño, sino la de sus padres que encuentran en la muerte una posibilidad de exhibir su riqueza o posición destacada (Shennan, 1982; O'Shea, 1984: 251).

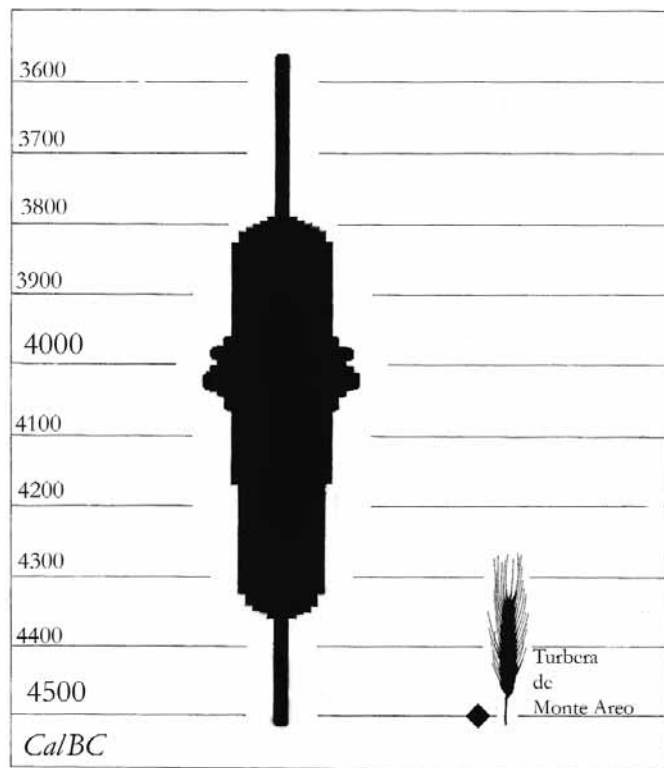


FIG. 15. Histograma acumulativo de las fechas C14 de los túmulos Monte Areo XII, Monte Areo V, Sierra Plana de la Borbolla 24, La Llaguna A, La Llaguna D y La Xorenga, con la anotación de actividades agrícolas, c. 4500 calBC, detectadas en la turbera de la Cañada del Regue-rón, en Monte Areo.

Las tumbas infantiles con ricos ajuares del Neolítico medio de Cataluña, en los expresivos entierros de la cultura de los “sepulcros de fosa” (Martín Colliga *et al.*, 1996), ofrecen al respecto un referente digno de la mayor atención. La diversidad de situaciones en tantas culturas neolíticas resta valor a toda generalización; pero la notabilidad mortuoria de algunos menores se constata también, entre otros contextos neolíticos, en el rico catálogo sepulcral de las sociedades rubanenses dispersas desde la cuenca de París y Holanda hasta Austria y Eslovaquia. Las tumbas infantiles dotadas de los característicos artículos de prestigio (azuelas pulimentadas dobles, conchas de *spondylus*, etc.), indican un evidente acceso a la riqueza, y al poder que aquélla simboliza, sólo al alcance de algunos (Jeunesse, 1997: 98 y 99).

De nuevo en el tercio septentrional ibérico, los despojos infantiles, también neolíticos, hallados en los megalitos suelen ser pocos (y sin que podamos adjudicarles oblaciones particulares), pese al seguro alto índice de mortalidad que padecerían, rareza generalmente señalada en otros focos megalíticos atlánticos (Delibes, 1995: 78). Tal rareza bien pudiera denotar que se trate de elegidos; ahora bien, la desproporción entre adultos e inmaduros no sería siempre tan acusada: en los túmulos franco-occidentales de Bougon, además de los 110 esqueletos identificados de los primeros, constan otros 35 de niños (Duhig, en Mohen y Scarre, 2002: 104). En una perspectiva más apegada a los hechos arqueológicos actuales, no cabría generalizar los índices de frecuencia de unas u otras edades ante una situación incuestionable: es corto el número de osarios recuperados y menos aún el de los estudiados

con detalle. La arbitrariedad de toda generalización resulta más evidente cuando en centenares de megalitos de la mayoría de la Región Cantábrica, Galicia y Norte de Portugal no llegó a sobrevivir, por causas edáficas, ni la menor esquirla ósea.

La probabilidad de que las hachitas/azuelas de los túmulos de La Llaguna delaten la presencia original de los despojos mortales de algún niño, acaso receptor de una especial atención, no resultaría entonces aventurada.

6. Del tiempo, de la correspondencia cultural y otras consideraciones

En coherencia con lo expresado, no cabe la atención a criterios tipológicos en los que basar, al modo tradicional, el relato de una secuencia más o menos ordenada de los túmulos; al fin y al cabo, si algo une a toda esa clase de construcciones es su relación con la muerte y con el hecho de que, de una u otra manera, aquellos montículos de factura humana operaron como caparazones similares encubriendo organismos bien diferentes.

Son pocos los rasgos compartidos por Monte Areo XII, Monte Areo V, La Xorenga o La Llaguna A. Más allá del túmulo, es básicamente su cercanía cronológica el factor de proximidad entre todos ellos (Fig. 15). En los tres primeros cabe resaltar la fiabilidad, extraídas las muestras de materiales específicos de los respectivos ambientes, de las datas radiométricas que insisten en su estimable antigüedad. Y a tal respecto no es menos interesante que La Llaguna D, con la pseudocamarita soterrada bajo el gran montículo, se inscriba en situación de contemporaneidad relativa con aquellos otros monumentos menos expresivos.

En La Llaguna se asocian en franca inmediatez física tanto túmulos no convencionales, como los aquí vistos, con otros que envuelven cámaras megalíticas clásicas (son de esa naturaleza La Llaguna C y La Llaguna F), lo que habla de la “consagración” en las centurias últimas del V milenio de un lugar que seguiría en activo hasta la madurez megalítica; esa misma relación de continuidad se establece en otras muchas concentraciones tumulares, certificando la longevidad de los procesos que se desencadenan tras la radicación de los monumentos fundacionales y, en definitiva, de la realidad de su valor como hitos básicos del entramado territorial neolítico.

Abundando en estas observaciones, en el mismo Monte Areo y en la llanada superior donde se levantaba Monte Areo XII se erigió más tarde un dolmen de pórtico (MA XV), al que corresponden las fechas 5040 ± 92 BP; 4032-3645 calBC (GrN 19724) y 4850 ± 72 BP; 3780-3384 calBC (GrN 22025), y otro más de cámara simple (MA XXII) con la datación 4103 ± 74 BP; 2884-2462 calBC (Utc 7221). Las datas del de pórtico –el de cámara más desarrollada que conozcamos en Areo y ajuar más expresivo y abundante, incluyendo ya puntas foliáceas de retoque plano (De Blas Cortina, 1995)–, determinan un tiempo de convergencia en el segundo cuarto del IV milenio, lo que no va mal con el intervalo temporal 3900-3600 calBC momento en el se produciría en el NO la acelerada eclosión de los dólmenes de corredor (Alonso y Bello, 1997); el mismo período en el que también irían plasmándose las pinturas parietales de algunos de los megalitos más ilustres de aquella región según las

mediciones AMS de los pigmentos (Carrera y Fábregas, 2002). A lo largo de unos siete siglos, entre 4300 y 3600 a. de J.C. tendría lugar la etapa más vital en la historia de los túmulos, convencionales o no en su organización interna y empleo ritual. Las perduraciones del fenómeno tumular parecen menos vitales: Monte Deva V y los túmulos de Piedrafita serían, en principio, testimonios razonables de modernidad. Las dificultades de atribución cultural de estos últimos, oportunamente señaladas, no nos animan, sin embargo, a traerlos a tiempos demasiado recientes. De ningún modo se definen con la claridad de los identificados en el N de Portugal como propios del Bronce Final (Cruz *et al.*, 1998), ni mucho menos aportan indicio alguno que tolerara una mínima asignación de su autoría a gentes nacidas en la Era. Ciertamente, aún se erigían túmulos en el oeste europeo en época altomedieval, —como confrontación con el creciente auge de las capillas cristianas y con las élites conformadas al amparo de la nueva fe religiosa (Van de Noort, 1993)—, pero no es ésa una situación de la que en las tierras norteñas de Iberia conozcamos testimonio alguno.

Retornando a nuestro campo de observación, todo apunta a un proceso de rápida evolución de las distintas arquitecturas que se definen externamente con túmulos, confundidos por la reiteración de los volúmenes en casquete esférico. Tanto la antigüedad de estas edificaciones, como su difícilmente aprensible variedad estructural, quizá respondan a una situación de tanteo, de arranque de lo que en la alargada región cantábrica significará la verdadera consumación neolítica a través de la arquitectura monumental fúnebre (De Blas Cortina, 2000) y todo lo que aquella implica, desde la convergencia de intenciones económicas, sociales, de jurisdicción territorial, etc., hasta la maduración de un mutado ideario religioso.

Como referencia a uno de tales aspectos, no es de extrañar que hoy, tras el estudio de la secuencia botánica de la turbera de la cañada del Reguerón en Monte Areo (López Merino, 2006), se documenten en la misma las primeras pruebas firmes de actividad agrícola en Asturias, datadas en torno a 4500 calBC, noticia que converge con la previa identificación de pólenes de cereal al final de la zona polínica 1 (de 0,70 a 0,80 m de profundidad) del paquete sedimentario del túmulo Monte Areo XII (Gómez-Orellana *et al.*, 2001).

Ese estadio de ensayo en los túmulos resulta comprensible ante la ausencia de tradiciones funerarias regionales de las que aquéllos podrían significar una evolución. No sabríamos, en efecto, cómo relacionar nuestros edificios terromonteros con el túmulo mínimo que habría recubierto la inhumación asturiense, mesolítica, del Molinu de Gasparín, en la Asturias oriental, toda vez que la tumba se acogía a un abrigo rocoso (Carballo, 1926). Aún menos orientadora es la constatación de algún entierro en cueva en las postrimerías del V milenio, en clara contemporaneidad con los túmulos, como el vizcaíno de Kobaederra (Ibáñez *et al.*, 2002), salvo alguna sugerencia como la relativa elaboración del rito mortuorio sí, como se nos señala, llegó a yacer el cadáver alojado en un contenedor corruptible, o también la falta de ofrendas duraderas, circunstancia corriente en los túmulos.

Arquitecturas sumarias y de parca expresividad en su configuración interna, original, que en su temprano nacimiento se deberían a sí mismos, sin necesidad de seguir

modelos importados de otras regiones; aparición que bien pudiera haber surgido, como proponíamos aquí mismo, por prácticas fúnebres, ritos de muerte en enclaves elegidos por su cualidad de referentes en la estructura del territorio en trance de verdadera colonización por las sociedades paleoagrarias. Lugares destacados y ceremonias sobre suelos ideales, incontaminados, que después conviene sellar, aislándolos del contacto con la vida ordinaria. Es verosímil que el túmulo, instalado en la ambivalencia de la ocultación-denuncia de lo velado, recubriera, entre otros vestigios, las reliquias ancestrales, erigidas en motor fundacional de una nueva relación social con la naturaleza y sus recursos.

Pero, al fin, no podemos dejar de ser conscientes de la endeblez de nuestras explicaciones, justamente ubicables —como concluiría A. Gally a partir de una realidad infinitamente más rica en testimonios, análisis y reflexión que la que acabamos de exponer—, “en el dominio del comentario” y basadas en “un saber comparativo muy embrionario” (2004: 95). Con toda claridad, el relativo a estos túmulos cantábricos es todavía el de un conocimiento apenas vislumbrado, más de un momento de inicio que de arribada; en buena medida aún una fase de determinación de los constituyentes del cuestionario a desarrollar en el futuro.

Túmulos, en fin, inciertos, en buena medida apenas descifrables, pero no menos ilustrativos de la variabilidad imprevisible de los procedimientos funerarios que los humanos vinieron ideando a lo largo del tiempo. Sin una información previa y en nuestra misma época y cultura, cómo podríamos imaginar que el césped jugoso de una parcela ajardinada en un cementerio urbano tenga que ver con la repetida deposición de las cenizas de personas incineradas. Pues bien, esa insólita modalidad de la “gestión de la muerte” tiene lugar desde hace no muchos años en una necrópolis parisina, la tan afamada de Père-Lachaise (Charlet, 2003: 87).

Bibliografía

- ALONSO MATTHIAS, F. y BELLO DIÉGUEZ, J. M.^a (1997): “Cronología y periodización del fenómeno megalítico en Galicia a la luz de las dataciones del C14”. En RODRÍGUEZ CASAL, A. (ed.): *O Neolítico Atlántico e as orixes do Megalitimismo. Actas do Coloquio Internacional UISPP 1996*, pp. 507-520.
- ARIAS CABAL, P.; ALTUNA, J.; ARMENDÁRIZ, A.; GONZÁLEZ URQUIJO, J. E.; IBÁÑEZ ESTÉVEZ, J. J.; ONTAÑÓN, R. y ZAPATA, L. (1999): “Nuevas aportaciones al conocimiento de las primeras sociedades productoras en la región cantábrica”. En BERNABEU, J. y OROZCO, T. (eds.): *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibérica*. Valencia. *Saguntum*, Extra 2, pp. 549-557.
- ARIAS CABAL, P. y PÉREZ SUÁREZ, C. (1990): “Investigaciones prehistóricas en la Sierra Plan de La Borbolla (1979-1986)”. En *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-86*. Oviedo: Principado de Asturias. Consejería de Educación, Cultura y Deportes, pp. 143-151.
- BELLO DIÉGUEZ, J. M.^a (1996): “Aportaciones del dolmen de Dombate (Cabana, La Coruña) al arte megalítico occidental”, *Art et symboles du mégalithisme européen. Revue Archéologique de l'Ouest*. Supplément n° 8, pp. 23-39.
- BLAS CORTINA, M. Á. de (1985): “Piedrafita V. Nuevos aspectos sobre el polimorfismo de las arquitecturas funerarias prehistóricas en el N-NO de la Península Ibérica”, *Arqueología*, 12, pp. 129-136. Porto: G.E.A.P.

- (1992): “Arquitecturas megalíticas en la Llaguna de Niévaros (Villaviciosa). Excavaciones de 1988 a 1990”. En *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1987-90*. Oviedo: Principado de Asturias. Consejería de Educación, Cultura, Deportes y Juventud, pp. 113-128.
- (1995): “Destino y tiempo de los túmulos de estructura ‘atípica’: los monumentos A y D de la estación megalítica de la Llaguna de Niévaros (Asturias)”. En *Primeros agricultores y ganaderos en el Cantábrico y Alto Ebro*. Karrantza 1993. Eusko Ikaskuntza II. Serie III-V. Tit, pp. 57-79.
- (1999a): “Nuevas formas tumulares neolíticas en el Monte Areo. Excavaciones de 1995 a 1997”. En *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 1995-98*. Oviedo: Principado de Asturias. Consejería de Cultura, pp. 101-110.
- (1999b): *El Monte Areo, en Carreño (Asturias): un territorio funerario de los milenios V a III a. de J. C.* Ayuntamiento de Carreño/Mancomunidad Cabo Peñas.
- (2000): “La neolitización del litoral cantábrico en su expresión más consolidada: la presencia de los primeros túmulos”. En *Neolitização e megalitismo da Península Ibérica*. Actas do 3º Congresso de Arqueología Peninsular. Porto: ADECAP, vol. III, pp. 215-239.
- (2004): “Túmulos enigmáticos sin ofrendas: a propósito de Monte Deva V (Gijón) y Berducedo (Allande), en Asturias”, *Trabajos de Prehistoria*, 61, nº 2, pp. 63-83.
- BOUJOT, C. y CASSEN, S. (1998): “Tertres armoricaines et tumulus carnacéens dans le contexte de la néolithisation de la France occidentale”. En GUILAINE, J. (dir.): *Sépultures d'Occident et genèses des mégalithismes (9000-3500 avant notre ère)*. Paris: Éditions Errance, pp. 109-126.
- CARBALLO, J. (1926): *El esqueleto más antiguo de España*. Santander.
- CARO BAROJA, J. (1974): *De la vida rural vasca (Vera de Bidasoa)*. 2ª ed. San Sebastián.
- CHARLET, Ch. (2003): *Le Père-Lachaise. Au coeur du Paris des vivants et des morts*. Découvertes Gallimard.
- CRUZ, D. J.; GOMES, L. F. y SOBRAL DE CARVALHO, P. M. (1998): “O grupo de tumuli ‘Da Casinha Derribada’ (Concelho de Viseu)”, *Contínbriga*, vol. XXXVII, pp. 5-76.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1995): “Ritos funerarios, demografía y estructura social entre las comunidades neolíticas de la submeseta norte”. En FÁBREGAS, R.; PÉREZ, F. y FERNÁNDEZ, C. (eds.): *Arqueología da morte*. Excmo. Concello de Xinzo de Limia, pp. 63-94.
- (1996): “Prehistoria y Protohistoria”. En WATTEMBERG, E. (coord.): *Guía del Museo de Valladolid*. Salamanca: Colecciones, pp. 55-104.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ETXEBERRÍA GABILONDO, F. (2002): “Fuego y cal en el sepulcro colectivo de ‘El Miradero’ (Valladolid): ¿accidente, ritual o burocracia de la muerte?”. En ROJO, M. A. y KUNST, M. (eds.): *Sobre el significado del fuego en los rituales funerarios del neolítico*. *Studia Archaeologica*, 91. Universidad de Valladolid, pp. 39-58.
- DÍAZ GONZÁLEZ, T. E.; BLAS CORTINA, M. A. de y GUTIÉRREZ VILLARIAS, M. I. (2002): “Estudio e identificación de restos de madera quemada procedentes del túmulo XII de la estación megalítica de Monte Areo (Carreño, Asturias)”, *Boletín de Ciencias del Real Instituto de Estudios Asturianos*, nº 48, pp. 273-290.
- DUHIG (2002): en MOHEN, J. P. y SCARRE, Ch.: *Les Tumulus de Bougon (Deux-sèvres). Complex mégalithique du V^e au III^e millénaire*. Paris: Éditions Errance.
- ESTREMER, M.^a S. y FABIÁN, J. F. (2002): “El túmulo de la dehesa de Río Fortes (Mironcillo, Ávila): primera manifestación del horizonte Rechaba en la meseta norte”, *BSAA*, 68, pp. 10-48. Universidad de Valladolid.
- FÁBREGAS VALCARCE, R. y SUÁREZ OTERO, J. (1991): “‘Mámoa 87 de Serra da Faladora’: un túmulo megalítico del Norte de Galicia”, *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie I. *Prehistoria y Arqueología*, tomo IV, pp. 193-218.
- FERNÁNDEZ MENÉNDEZ, J. (1931): “La necrópolis dolménica de la Sierra Plana de Vidiago”, *Sociedad Española de Antropología, Etnología y Prehistoria. Actas y Memorias*, pp. 163-190.
- FUENTE (1988): en FÁBREGAS VALCARCE, R. y FUENTE ANDRÉS, F.: *Aproximaciones a la cultura material del megalitismo gallego*. Arqueohistórica, 2. Universidad de Santiago de Compostela.
- GALLAY, A. (2004): “A propos du statut épistemologique des travaux publiés sur la nécropole du Petit-Chasseur à Sion (Valais, Suisse)”. En BESSE, M. y DESIDERI, J. (eds.): *Graves and Funerary Rituals during the Late Neolithic and the Early Bronze Age in Europe (2700-2000 BC)*. BAR International Series 1284, pp. 79-97.
- GÓMEZ-ORELLANA, R.; RAMIL-REGO, P. e IRIARTE CHIAPUSO, M. J. (2001): *Resultados obtenidos a partir del análisis polínico del sedimento recogido en un dolmen (Monte Areo V) y un túmulo (Monte Areo XII) emplazados en el entorno de Monte Areo (Asturias)*. Informe inédito.
- GONÇALVES, A. H. B. y CRUZ, J. D. da (1994): “Resultados dos trabalhos de escavação da mamoa 1 de Madorras (S. Lourenço de Ribapinhão, Sabrosa, Vila Real). *Seminário do megalitismo no centro de Portugal*”, *Estudos Pre-históricos*, vol. II, pp. 171-232. Viseu.
- GONZÁLEZ, J. M. (1956): “Hallazgo de una necrópolis tubular en Trasmonte (Las Regueras)”, *Boletín de la Comisión Provincial de Monumentos*, 1, pp. 81-96. Oviedo.
- GUILLERAULT, Ph. y BAZILE, F. (1987): “Le dosage des phosphates en archéologie: la méthode potentiométrique”, *Bulletin Société Préhistorique Française*, t. 84/3, pp. 73-74.
- GUITIÁN OJEA, F.; MUÑOZ TABOADELA, M.; CARBALLAS FERNÁNDEZ, T. y ALBERTO JIMÉNEZ, F. (1985): *Suelos naturales de Asturias*. Santiago de Compostela: CSIC. Instituto de Investigaciones Agrobiológicas de Galicia, 1985.
- HARRISON, R. J.; MORENO, G. C. y LEGGE, A. J. (1994): *Moncín: un poblado de la Edad del Bronce (Borja, Zaragoza)*. Colección Arqueología 16. Zaragoza: Gobierno de Aragón.
- IBÁÑEZ, J. J.; EMILIO, J.; ZAPATA, L.; DE LA RÚA, C. y COURTY, M. A. (1999): “La inhumación de Kobaederra en el contexto de los enterramientos neolíticos del País Vasco”. En *II Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*. SAGUNTUM-PLAV, EXTRA, 2, pp. 447-452.
- JEUNESSE, C. (1997): *Pratiques funéraires au Néolithique Ancien. Sépultures et nécropoles danubiennes 5500-4900 av. J.-C.* Paris: Éditions Errance.
- JORDÁ CERDÁ, F.; GARCÍA DOMÍNGUEZ, E. y AGUADÉ, J. (1972-1973): “Notas sobre los Túmulos de Campiello (Tineo) y su Edad Postdolménica”, *Zephyrus*, XXIII-XXIV, pp. 131-152.
- LÓPEZ MERINO, L. (2006): *Paleoambiente y antropización en Monte Areo (Asturias) durante el Holoceno*. Diploma de Estudios Avanzados. Universidad Autónoma de Madrid (documento inédito).
- MARTÍN COLLIGA, A.; BORDAS TISSIER, A. y MARTÍ ROSELL, M. (1996): “Bóvila Madurell (St. Quirze del Vallés, Barcelona). Estrategia económica y organización social en el neolítico medio”. En *I Congreso del Neolítico a la Península Ibérica*. *Rubricatum*, 1, pp. 423-428.
- MASSET, C. (1993): *Les dolmens. Sociétés néolithiques. Pratiques funéraires*. Paris: Éditions Errance.
- MEIJIDE CASEMELLE, G. (1996): “La necrópolis del Bronce Inicial del Agro de Nogueira (Piñeiro, Toques, A Coruña) en el contexto funerario de su época”. En RODRÍGUEZ CASAL, A. (coord.): *Humanitas. Estudios en Homenaje a Prof. Dr Carlos Alonso del Real*. Universidad de Santiago de Compostela. Facultad de Xeografía e Historia, vol. I, pp. 215-239.
- O’SHEA, J. (1984): *Mortuary variability: an archaeological investigation*. New York: Academic Press.
- PASCUAL BENITO, J. L. (2002): “Incineración y cremación parcial en contextos funerarios neolíticos y calcolíticos del este peninsular al sur del Xúquer”. En ROJO, M. A. y KUNST, M. (eds.): *Sobre el significado del fuego en los rituales funera-*

- rios del neolítico. *Studia Archaeologica*, 91. Universidad de Valladolid, pp. 156-189.
- PETREQUIN, P. (1984): *Gens de l'eau. Gens de la terre. Ethno-archéologie des communautés lacustres*. Hachette.
- POLITIS, G. G. (1998): "Arqueología de la infancia: una perspectiva etnoarqueológica", *Trabajos de Prehistoria*, 55, nº 2, pp. 5-19.
- RAMIL SONEIRA, P. y VÁZQUEZ VARELA, J. M. (1979): "Enterramiento en cista de la Edad del Bronce de 'O Cubillón', Xermade (Lugo)", *Museo de Pontevedra*, tomo XXXIII, pp. 63-68.
- RENREW, C. (1970): "The tree-ring calibration of radiocarbon: an archaeological evaluation", *Proceedings of the Prehistoric Society*, 36, pp. 280-311.
- RICHARDS, C. (1988): "Altered images: a re-examination of Neolithic mortuary practices in Orkney". En BARRET y KINNES (eds.): *The Archaeology of Context in the Neolithic and Bronze Age. Recent Trends*. Sheffield: Department of Archaeology and Prehistory, pp. 42-56.
- RODRÍGUEZ CASAL, A. (1988): *La necrópolis megalítica de Parxubeira*. Monografías Urxentes do Museu nº 4. A Coruña.
- SÁNCHEZ HIDALGO, E. (2000): "Túmulo I del conjunto tumular de La Xorenga, El Canadeiro (Xestoselo, Grandas de Salime, Asturias). Mundo funerario neolítico en el occidente asturiano". En *Neolitización e megalitismo da Península Ibérica*. Actas do 3º Congreso de Arqueología Peninsular. Porto: ADECAP, vol. III, pp. 239-254.
- SHENNAN, S. E. (1982): "From minimal to moderate ranking". En RENFREW, A. C. y SHENAN, S. J. (eds.): *Ranking, resource and exchange*. Cambridge University Press, pp. 27-32.
- UCKO, P. (1962): "The interpretation of Prehistoric Anthropomorphic Figurines", *Journal of the Royal Anthropological Institute*, XCII, pp. 38-45.
- (1969): "Ethnography and archaeological interpretation of funerary remains", *World Archaeology*, 1, pp. 262-280.
- VAN DER NOORT, R. (1993): "The context of early Medieval barrows in western Europe", *Antiquity*, 67, pp. 66-73.
- VAQUERO LASTRES, J. (1999): *Les extremes distincts. La configuration de l'espace dans les sociétés ayanant bâti des tertres funéraires dans le Nord-Ouest Ibérique*. BAR. Internacional Series, 281.